JOSÉ EDUARDO ALCAZAR

PORPIX TERMINA

Sonata para una sola voz.
Modulación y tiempo, "a placer"

fondec
Fondo Nacional de la Cultura y las Artes

JOSÉ EDUARDO ALCÁZAR

PORPIX TERMINA

Sonata para una sola voz
Modulación y tiempo, «a placer»

Fondec

© José Eduardo Alcázar

Impreso en QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074
Telefax 214 295
Asunción – Paraguay
e–mail: arandura@telesurf.com.py
octubre 2002

La edición de este libro tuvo el auspicio del FONDEC
El Consejo directivo del Fondec está integrado por

Presidente
Osvaldo González Real

Miembros
del Consejo Directivo
Edda de los Ríos
Zoilo Rodas
Hugo Barrail
Víctor Duarte Menoret

las boras se purlan de tans,
e tans, a or cequer.
en ma leimór
me fas decer,
te quer, me pás, te quer

del Cancionero Umilucho

ió, ió, ió, maré
ió, ió, ió, juís
ió, ió, ió maré purtans
ió, ió, ió maré salé
ió, ió,
tepé, lá, lá

Canción de cuna

A majou, kukinha, neném, lucão, páxa, má, pá, maenta, macota, luitin, tatalin, y a tantos otros sonidos primeros, que fueron llenándose de significado y que buscaron, cada uno a su manera, significar el camino.

El lenguaje, calvario y redención, busca el sentido pleno; consigue, herramienta humana, ser reflejo posterior.

Lo que sigue, escrito en estas pocas páginas, es la transcripción fiel de un relato oral, hecho en una grabadora portátil.

El relato es el de un condenado a muerte y fue grabado pocas horas antes de llevarse a cabo la ejecución.

El ciudadano H.., un inmigrante latino, fue condenado a muerte por un triple homicidio con fines de robo. La ejecución se llevó a cabo en la silla eléctrica, en un determinado estado de los Estados Unidos de Norteamérica. La identidad de H.., bien como los datos precisos sobre la ejecución, no son revelados por expreso pedido de H.. El pedido no hace parte del material grabado

En sus últimas horas de vida, H.. solicitó a las autoridades de la cárcel que le permitieran tener acceso a una grabadora portátil. Dijo, en su petición, que quería «*dejar algunas palabras para la posteridad*».

Las autoridades de la penitenciaría accedieron y entregaron la grabadora con algunas cintas magnéticas, a H..

En la grabación, H.. se hace llamar Porpix. H../Porpix desarrolla, en sus últimas horas de vida, el boceto de un mundo que lo explica, a él y a sus circunstancias.

H.. sostiene, y siempre sostuvo, que es inocente.

El proceso de H.. tramitó en varias cortes estadounidenses por 17 largos años.

Cuando el relato comienza, se ha perdido todo derecho a alguna apelación y H.. espera ser ejecutado en pocas horas más.

Efectivamente, la ejecución se llevó a cabo en la silla eléctrica, cuando el día 15 de abril de 19.. amanecía. H.. tenía 33 años.

Lector voraz, de varios tipos de libros, la Biblia, novelas policiales, novelas de ciencia–ficción, H.. desarrolla la versión de su inocencia en una larga exposición oral, original, patética, extraña, delirante, asustadora, simbólica. H.. sostiene que es inocente. Según H.. el que mató, no fue él. Fue un doble genético, un clone. Sostiene H.. haber sido clonado a partir de este hombre, el asesino verdadero.

¿Y cuál sería la razón para esta clonación? La razón, según nos expone H.., sería la de permitir el castigo por más de una generación.

Para entender el papel que juega la clonación en el relato de H.. (recordemos que la clonación humana, según muchos científicos, no está dentro de las posibilidades prácticas de la ciencia actual), se hace necesario introducir el concepto de damnación. Diferentes textos sagrados nos hablan de la existencia de la damnación. La damnación, que H.. conoce por el material de lectura al cual tiene acceso, habla del castigo que va más allá del castigo a un individuo y que puede alcanzar a las generaciones que vienen después.

A partir de esta premisa, se abren puertas y Porpix – llamémoslo por el nombre que él mismo escogió para vivir su última noche, su último día, su último relato – entra por ellas. En pocas horas, Porpix nos lleva de la mano a recorrer un mundo interior, repleto de visiones, de citaciones y de interpretaciones, muy particulares y muy personales, de algunas verdades conocidas por todos.

Dejamos que el lector, que cada lector, se haga cargo de recibir estas interpretaciones.

Hay, por supuesto, una inconfundible analogía con la noción religiosa del pecado original. Para Porpix, ser castigado por el crimen cometido por su «doble genético», es repetir, o revivir en carne propia, el pecado que está en el origen y que es capaz de «manchar» a generaciones futuras.

Pero este no es un relato religioso aunque en algunos momentos pueda parecer serlo.

El relato de Porpix desarrolla una lógica infernal. El castigo por varias generaciones, la damnación, tiene un sentido que no es solamente religioso. Cabe recordar que Porpix esperó 17 años, la ejecución de la pena capital. El sistema jurídico, con sus acusaciones y la posibilidad de múltiples apelaciones, lo mantuvo vivo durante 17 años. Lo mantuvo castigado durante 17 años de encarcelamiento. En este marco de referencia, para Porpix, el que mató – si Porpix hubiese matado – fue un joven de 16 años, no este hombre de 33 que está por morir. El adolescente asesino no existe más, el joven que mató dejó de existir, hace mucho tiempo.

En un sentido muy real, la condenación a muerte que se mantiene en vigor durante los 17 años, se mantiene para castigar a varias generaciones, que nacieron y desaparecieron desde aquel joven de 16 años, a partir del adolescente que tuvo 16 años un día.

No podremos saber qué grado de conciencia tenía Porpix de esta realidad, o si desarrolló su trama, su relato final, haciendo alusión a lo que leía en los libros, sobre todo, en los textos sagrados, donde se habla de la damnación de las generaciones. ¿Habría sido conciencia o una simple coincidencia? Apostamos en la posibilidad de las dos cosas.

El texto que se transcribe respeta la voz de Porpix, y se mantienen todas las expresiones utilizadas en el original.

El original está en español, que es el idioma materno de H.. Hay expresiones y palabras inventadas por Porpix, hay expresiones en inglés que se respetan como H.. las dijo en su relato. Mantuvimos la grafía fonética de las expresiones, ya que entendemos que ellas valen por su emisión sonora.

El término «sonata», utilizado en el subtítulo, aparece en la grabación, al final de la grabación. Al utilizarla como subtítulo, nos

atrevemos a hacer una sugerencia: que este texto, ahora pasado al papel, sea considerado como un texto para la lectura oral.

H.., mejor dicho Porpix, utilizó el potencial oral de la palabra para expresarse en sus últimas horas.

Creemos que hay una aguda diferencia entre el texto callado – (¿seguro?) – que podría tocarnos leer a cada uno, y el rico y a veces aterrador mundo de sonidos que surge con la utilización de la palabra oída.

La palabra escrita, muchas veces observada con el silencio de los ojos, nos remite casi siempre a un mundo mineral, en el sentido de un mundo, por un lado, desprovisto de vida, por otro lado, rígido y terminado, aunque significativo. Los significados de la expresión, que debieran ser ampliados por la imaginación «imaginante», la imaginación en continuo proceso de «hacer imágenes», a veces se frustra con la palabra callada. El mundo silencioso de la palabra, tan utilizado en contratos y testamentos, por su rigurosa perennidad, puede castrar y abortar en origen las ricas y esenciales ambivalencias que tiene la oralidad del deseo, la que precede a la fijación del sentido.

Asunción, abril.

La sonata

«Okei, grabando:

Ningún sol, shit. Como siempre a estas horas, el día se camaleona en tarde. Se ve que pierde sus ínfulas iluminativas y se sumerge en lo oscuro de la cuestión.

La noche indecente se instala, cabrea y mete miedo. Invade los distraídos páramos de las entrañas sin que se la pueda combatir. Así dicen los mentirosos. Yo, a la noche le tiro mierda. No me importa. No me asusta. No me ocupa. La dejo a un lado y duermo sin soñar.

(¿Será verdad lo que digo?)

Miro afuera, a lo que todavía hay del día. Como siempre reina absoluta bruma, polvo inmundo.

El polvo negruzco está sostenido por el aire, cómplice de todas las aberraciones atmosféricas. No entiendo cómo se respira el gas cargado de partículas, visibles, invisibles, reales, que no soplan, que no giran, que no mueven. Quedan, las partículas, como si fuesen virtuales o como si el soporte que las mantiene, se burlase de todas ellas.

Como si a todas castigase con su indiferencia. «Que se muevan o que queden donde están, no me importa» diría este aire sin atención a las partículas solitarias, perdidas en su interior.

Que se muevan o que queden.

No determinar nada es castigar a todo. A todo y a todos. Si no hay dirección, si no hay indicación, hay soledad y por este motivo, digo yo que hay castigo.

Digo yo por oír decir. Lo sabe Sanpier. Lo sabía Sanpier. Me lo dijo Sanpier antes de morir.

Sanpier me introdujo a los libros sagrados y a todos los testamentos y demás textos. Sanpier decía que en los libros sagrados yo encontraría paz. Mejor dicho: lo que Sanpier dijo es que en los libros sagrados, encontraría compañía y por esta razón tendría paz.

Yo encontré damnación. Los libros sagrados son el relato de una venganza que no tiene fin.

Sobre los libros sagrados se me ocurre el siguiente pensamiento: Todos cuentan la historia de algún comienzo. Pintan el comienzo. Luego, por páginas y más páginas, con palabras torrenciales, se complacen en recordar la venganza ocurrente, recurrente, que se desata por este inicio ocurrido. No hay paz después del inicio. Todo y todos tienen que pagar un precio por el comienzo. A veces, hay misericordia, esto sí. Pero hay misericordia porque hay tormento y lo primero es una isla frágil que emerge en un mar de terrores.

La venganza, se desata con la creación. La venganza, se desata a causa de la creación. La venganza es insaciable. Todos se vengan. Todos nacen, pasan, sucumben, vengados por venganzas más ponzoñosas. La historia de la venganza es la historia de lo sagrado. Así creo yo.

Debiera haber un solo castigo. Habría que castigar a uno solo. Tendríamos que vengarnos todos del que comenzó. Solamente de él. ¿Por qué de los demás?

Sin embargo, también es cierto que en las páginas de estos libros encontré mi explicación. O mejor dicho, que conviene explicar las

cosas por sus raíces, en ellas encontré explicaciones para mi situación.

Los libros hablan de venganzas y hablan de castigos que son castigos para varias generaciones. Hay castigos de azote, castigos de fuego, castigos de amputación. Se castiga al que obró mal, se corta la fuente de pus. Pero en los libros de Sanpier, hay castigos que se mantienen aunque haya muerto el malhechor. En estos castigos, los descendientes pagan por el crimen que no cometieron o que no cometieron directamente. Pagan los hijos, los nietos, los bisnietos, ¡los tataranietos, los taratatá, los taratatá!

Carajo, taratatá, taratatá, taratatá, taratatá.

Está la noche. No es, está. Se tragó al día. No puedo ver lo que performa por fuera. Digo que estoy en una celda. La celda mía de hace años. Dos por dos, cucheta de cemento, colchón de espuma, mierdero de metal, por si hay antojos de acabar antes de que sea la hora. La iluminación es embutida, por las dudas y por el mismo motivo.

La puerta con barrotes se abre al corredor.

Al corredor, este, llaman corredor de la muerte.

Todos los corredores son de la muerte si uno se pone a averiguar el punto. Se pasa siempre por uno de ellos, se camina por ellos y tarde o temprano se encuentra la muerte. Ocurre con todos los corredores.

Puesta sobre la pared, la fotografía ámbar de la callejuela sin salida que termina en las sombras. Digo yo que no tiene salida, porque termina en las sombras. Digo yo que tiene muros que la terminan porque acaba en la oscuridad. No veo los muros, no veo el fin. Lo presiento. Digo yo que si tuviera secuencia, el que hizo la foto la hubiese mostrado. Si no la mostró es porque no hay nada que mostrar.

Termina la callejuela, termina la ruela.

Por esta pequeña calle que no tiene salidas, caminé yo para alejarme de mi celda. Así, despierto, mirando fijo y alejándome.
En esta calle, o por esta calle, conocí a Cheila, a Mirta, a Marta, a Morga, a Murcia y a Mirella.
Mirella queda, las otras se fueron.
A Mirella, más tarde.

Es el único accidente en las paredes. Nada más les molesta en su reconocida quietud de siempre. No hay nada. Ambiente aséptico. Sin perturbaciones. Luz blanca, paredes blancas, techo blanco. Suelo gris, barrotes verdes, uniforme del color de las naranjas cuando lucen bien.

Hay ratas. Hay cucarachas. Veo que pasan, unas y otras, apresuradas, cuando saben que no hay nadie para pisarles las espaldas o para patearles la panza. Pasan a la noche. A la madrugada. Pasan, se esconden. No veo dónde se esconden. Pero se esconden.
A esta hora hay silencio. El geriátrico al lado, el que está en la celda de la izquierda, tiene la costumbre de cantar viejas canciones de su tierra. Está callado. El gordo de la derecha, ronca. Puedo oírlo. Es un ronquido bajo pero será un ronquido brutal en poco tiempo. Ya estoy acostumbrado.

No pensar. ¿Pero qué hacer si el pensamiento ocurre aunque uno no lo quiera? Desviar el pensamiento es una táctica que consuela. Si el pensamiento se hace tenebroso o asustante, se lo puede manejar y llevar a otros parajes que son menos tenebrosos y menos asustantes.

A veces funciona y se logra. A veces, el pensamiento se distrae con la nueva cuestión y no vuelve al origen. Otras veces, no adelanta desviar. El pensamiento original vuelve y porque estaba silenciado por la fuerza de la maña, vuelve fuerte para castigar al usurpador.

Como todo, o como todos, los pensamientos también son vengativos. Se vengan y hacen mal.

Me traen la cena esta noche. Digo que me traen la cena esta noche, porque esta noche será una cena, no una comida. La última cena, carajos, mil carajos: es una cena, no una comida. Hay que diferenciar.

Una puta última cena.

No todos tienen la última cena. Mentira. Todos tienen su última cena. El más, más y el menos tijuán. Todos tienen una última cena. Pocos, muy pocos, saben apreciarla como la última de las cenas. Comen, se empaturran con aceites y vinagres, tragan las carnes desangradas, se indigestan con alcoholes sin bendición y antes de cagar el repasto hecho mierda, crepan y no saben que no habrá más cena alguna. Nunca más. Nevamor.

A mí me traen la última cena. A mí me tocará decir con el último bocadito: «Porpix, hijo de puta, nunca más te pondrás bocado en la boca».

Yo podré sentir el último trago. ¿Qué será? ¿Será vino? ¿Será sólido? Serán papas o será carne. El último pedazo será. Será lo que tenga que ser. No quiero tener que decidir si será uno u otro, este o aquel. Pretendo distraerme, poner en la boca algo, tragar: nada más. Lo que haya sido, habrá sido y descubriré el privilegiado después del privilegio.

Nada más.

Yo podré pensar, diciéndome sin decirme: «Porpix termina». Muy pocos pueden decir esto que estoy por decir.

¿Yo termino? No termino, pero termino. Ceno hoy, mañana traen al nuevo. Lo reconozco, como manda la ley, me llevan y sigue él.

Él ve que yo termino, mira, mientras termino. Porpix termina, diré yo, dirá él. Pero Porpix no termina, Porpix continúa, dirá él, solo.

Pasé por esto.

Tengo que despertar al vecindario. Estos que están a mi lado no pueden callar en mi último día. Que no ronque el cerdo, que cante el tomofix.

¡Carajos, despierten!

Hoy es hoy, tomorrow is another day. Anazerdei, como diría misir el Goto.

Repito de memoria un despertar suyo: «*Soñé que me ahogaba en un océano que no tenía fin conocido, que era más hondo que todos los mares sobrepuestos, que era translúcido como el aire de una primavera de archivo, que era cálido como la entrepierna usada de una guaya y soñé que me moría ahogado, toda mi vida*».

Yo duermo sin soñar.

Recapitulando. Me meto una vez más a la recapitulación del crimen horrendorum pecatáminis.

Estoy solo en la casa. Busco el oro que sé que hay. Busco en los cajones, en los rincones, en los cojones. No hago ruidos, no enciendo luces. Me muevo en la noche, entro y salgo de los cuartos. Tengo una linterna. Con ella rompo la cara a la noche.

Quiero el oro que sé que hay.
Busco en los rincones, en los botones. Nada
Busco en los armarios, por tras de los lienzos, de los trapos, de los cueros, de los plásticos. Nada.
Busco en las gavetas, en las retretas, en las mesetas. Busco en los vidrios, dentro de los vidrios.

Rompo un espejo.
He roto un espejo.
Es cuando oigo la voz del hombre y luego la voz de la mujer y el grito de la niña.
«Quién está arriba» dice el hombre, «cuidado cariño» dice la mujer, «papá» grita la niña cuando yo empiezo a disparar, tres tiros al hombre, un tiro a la mujer.
Cuando paso por la niña que no grita, que llora, otro tiro, y me escapo.
Corro, asustado. Por la calle llena de noche. Cruzo esquinas.
Es cuando me persigue la poli. Y me atrapa sin salida.
– ¿Por qué corres?
No respondo y me patean el costado. Caigo al suelo y me buscan.
Encuentran el arma. Me esposan con las manos en las espaldas.
Me vuelven a patear y me meten en el vehículo.
Llego a la central. Me dicen que maté a tres. Patadas me saludan.
Me acusan en la corte.
Me dan un castigo por tres generaciones: 17 años de encarcelamiento y muerte al final.
Aquí estoy.

Porpix termina. Tres veces termina Porpix. Por decisión soberana de la corte de justicia.

Siempre que repito la odisea, no me siento culpable. Yo no maté. Mató Porpix. Yo soy Porpix. Yo no maté.
El que venga mañana, nacido hace 17 años, será Porpix y no habrá matado. Como yo.
Igual a mí, igual al otro. El doble genético, apuntado, señalado, acusado y castigable pero sin culpa.
Tres generaciones. Es el castigo máximo.
Porpix termina tres veces.
Yo no maté. Mató Porpix.

La venganza no tiene fin, ni razones. Tiene tentáculos. Hoy son tres generaciones. Mañana serán diez, cien. Mil generaciones castigadas por la culpa de uno.
La ciencia repite el soporte para la culpa.
Yo no soy culpado.

¡Mierdas, despierten!

Miro el callejón puesto sobre la pared.
Miro el retrato del callejón colgado sobre la pared.
Miro la foto.
No pasa nada.
¡Despierten, carajo!

«Carmen, la estupenda, seguía su camino. En su rostro, de rara belleza, se arrimaba la sombra bestial de la traición futura. Él la esperaba, en los siete días virtuales y lluviosos del siglo veintidós».

No es lluvioso, es lluvinoso. En la primera edición del libro está escrito lluvinoso. En las otras ediciones cambiaron para que se entienda mejor.

¡Puerra! Como diría el Goto.

Los libros sagrados y el Goto. Todos tienen el mismo origen: la venganza por la creación. La venganza a partir del acto de creación.

Mirella se encuentra puesta más allá del límite del callejón que cuelga en la pared. No la veo.

Hoy no entré al callejón. No tuve ganas. Más tarde. Después de la cena.

Después de mi última cena.

Por qué esperar la última cena para encontrar a Mirella. Quiero verla, ahora. No quiero verla, no es que quiera verla, de verdad o con intensidad. Quiero ver a Mirella.

Me fijo en la foto.

Me fijo en la foto que está sobre la pared.

El callejón termina en las sombras. Se sumerge en las sombras.

Miro el callejón. Cierro los ojos. Entro al callejón por el lado de la luz. Bajo al callejón siguiendo la luz que en poco tiempo se cansa y se deja derrotar por la oscuridad que existe al final del callejón.

Camino por el callejón y entro a la parte oscura. Sin ver por dónde camino, entro a la izquierda y luego a la derecha.

Mirella está en la plaza y no me ve llegar. Tiene un traje sastre gris, puesto sobre el día frío de primavera. Está sentada en un banco de la plaza. Sus cabellos rubios, recogidos, se mueven al viento. Mirella mira a un lado, el mentón levantado y desafiante.

¡Caramba!

Me siento a su lado y no digo nada. Dejo que pase el tiempo.

Estará furiosa conmigo. Está furiosa por la institutriz inglesa raquítica que fokee en la tarde de ayer.

(Yesterday. La música tiene dos siglos pero sigue auténtica. Tengo una grabación con instrumentos y con voces de la época, conse-

guidos por sintetización. Grabación curiosa. Lloramingosa y patarraca. No me gusta. Siento curiosidad).

Fokee la institu inglesa. Mirella no quiere hablar conmigo. Está sentida o está con rabia. La institu es raquítica pero fogosa.

No digo nada. Estoy al lado de Mirella, en el bancochuelo de la plaza.

El paisaje es de primavera, con viento frío y cortante. El viento se desplaza, en paquetes y nos toca el cuerpo, en ráfagas. Las ráfagas no son fuertes y no despeinan a Mirella que mira a un lado sin darse cuenta que estoy a su lado. Mirella está distante. Puede que sea por lo nuestro, pero puede que sea por una razón más importante.

Encamarse con una mujer que no es la de uno trae consecuencias funestas cuando la mujer de uno se da cuenta de lo ocurrido. No me queda ningún sentimiento con relación a la inglesa. La calentura de un momento se enfrió y desapareció. La calentura fue eyaculada. Terminó. Para Mirella nada terminó, todo revive, todo se repite, como oleaje bravo de playa tormentosa.

Mirella no me siente a su lado. Desafía al viento de hielo que sopla del callejón oscuro; el viento atraviesa la plaza y golpea su mentón levantado.

La cabeza rubia no se despeina. El pelo se confunde, se agita, se enerva, se levanta y vuelve disciplinado, al lugar que ocupa en el conjunto.

Me voy de la plaza. Camino dentro de la luz oblicua de primavera. En vuelta de la plaza reina la oscuridad que irradia del callejón.

Tengo que cruzar la plaza, meterme en el callejón. Tengo que pasar por la zona de máxima oscuridad que ocurre en el fondo del callejón. Mi celda está del otro lado del callejón.

Después veo a Mirella.

¡Que cante el tomofix.

Y de repente oigo cantar al pachorro. La voz tabernera y gruesa, despierta el aroma de los alcoholes. El canto es reñido.

Se me pone a cantar tangüiluchos despiadados, tonadas que solo se escuchan en el programa «Tic–tac»

–Charap

Al perro no se le mueve un pleito. Sigue su añoranza musical.

Viene la guardia. Son dos y uno me pregunta qué será en la última cena. Yo tengo la lista hecha: Quiero melón fresco con tocino mariscal. Quiero sopa de espinacas con pan frito cortado en cubos. Quiero bife de vaca guapa con papas quebradizas. Para después, quiero damascos, lo que puedan traer, lo que pueda yo comer. Quiero vinete tintillo, redondo y vestido. Y pan, pan fresco. Nada más.

La guardia se aleja y yo me relamo mientras espero.

Nada me quita el placer de la última cena.

Me recuesto para esperar mejor. El vecino que cante sus horrores recordados. Nada importa.

Habrá sido diferente antes. Digo yo, que si somos iguales, comeríamos lo mismo. Es posible que Porpix, hace 17 años, haya pedido lo mismo que pido yo en este instante. Tendrán el registro del pedido en la ficha, mía y suya. No habría por qué preguntarme. Bastaría mirar el registro y ver qué pidió Porpix hace 17 años.
No habrá por qué preguntar a Porpix, dentro de 17 años, sobre sus preferencias gastronómicas para la última cena. Estará todo registrado y bastará leer los ficharios para saber de qué se compone la última cena.
Curioso. Me preguntan como si no supiesen. Curioso.
Pude haber cambiado algo. Digo yo que pude haber cambiado algo con relación a lo que era hace 17 años.

O entonces no soy igual a Porpix y no tengo nada que ver con el que pidió la cena hace 17 años para comer por última vez.
Dicen que soy igual. El castigo de generaciones solo tiene sentido si los elementos de las diferentes generaciones son iguales. Así dice el código y así entiendo yo.
Soy igual. Como igual. Sin embargo, parece que no voy a comer lo mismo que comió Porpix. Mejor dicho: Puede ser que coma lo mismo. Pero si preguntaron lo que quiero comer, es que hay una posibilidad de que no sea lo mismo. Esto equivale a decir que puede ser que yo sea diferente.
Puede ser.

En mi íntimo creo esto. Pero creo lo que creo, en silencio y sin mucha fuerza.
Si creyera con fuerza tendría que desacreditar todo lo que ocurre. Desacredito. Pero sin fuerza.

Ya que espero la última cena, convendría dejarse estar. Dejar que las ideas más milongueras se le metan a uno y le cosquilleen el cerebro.

No soy culpado, ¡carajo!

Digo y no me pasa nada. Las tripas, las mantengo en el lugar. Ni una sola crispación me recorre las entrañas cuando digo lo que acabo de decir. Señal de que no creo en lo que digo.

Soy culpado, uno y uno, uno.

Conozco el crimen, el espeluznante crimen, como se tiene que decir. Conozco los detalles, de haber vivido cada instante de su acontecer. No me dice tanto cuanto me decía antes. Pero antes me decía mucho porque era novedad. Me asustaba lo nuevo.

No soy culpado, uno y uno, dos.

Por más que me copien igualito, el clonaje resultante es desemejante al original. Incongruente con el modelo, ¡puchero!

Soy el mismo. Pero el otro es culpado, yo soy su víctima.

En esto estoy en el mismo papel del hombre, de la mujer y de la niña. Quiero justicia para mí también, quiero que enjaulen a Porpix y le saquen las uñas, y le quemen los ojos, y le metan fuego en el culo. A Porpix que le hagan esto y más. Yo también soy víctima y quiero mi pedacito de venganza.

¿Dónde está el esdrújulo? ¿Dónde está el embustero? ¿Dónde se metió el intolerante?

¿Hace cuánto tiempo? Hace 17 años. Hace 17 años y un día menos. No, hace 17 años menos una noche y algunas horas. No importa. Veamos. ¿Qué ocurre con un cuerpo bajo tierra después de 17 años? No tiene más carnes y estará en huesos. Si está en huesos, no está más bajo tierra. Está en un osario. O está quemado y en cenizas. No está más.
A la pregunta «¿dónde está el atorrante?» hay que contestar: No está.
¡Ziend!
Estoy yo. Está el otro, que soy yo. Está el otro que es él. Está Porpix.

Tres generaciones. Como manda la ley. A veces pienso que es mi padre el que se fue, y que es mi hijo el que llega. De acertada ciencia, así es. Si yo soy lo que él era y si él es lo que yo soy, soy descendiente por un lado y padre por el otro. El espíritu de la ley es este. Pero, por otro lado, para que exista venganza durante tres generaciones, hay que vengar al mismo, en tres generaciones.
Entonces: Él, soy yo y yo, soy él.
Mañana cuando le encuentre, nos miraremos y nos entenderemos.
A la tarde, él estará solo.

Tomofix canta, el cerdo ronca. Yo descanso.
La cena está servida. Viva la cena.

Espero que se vayan los intrusos a mi banquete. Oigo que se alejan en el corredor soturno. Me pongo a contemplar lo que tengo por delante.

Tengo un vasto mundo sensorial y recordativo delante de mí. Poco a poco voy a desvelar sus disposiciones y voy a cotejarlas con lo que tengo adentro, mezclado, parte memoria, parte deseo nunca visto, parte sueño soñado por antojo imaginado, parte mundos robados a las páginas que leí. Pedí que me trajeran la cena y todo lo pedido está dispuesto ante mis ojos, protegido del frío, del calor o del tiempo, dentro de sus contenedores especiales. Cada uno de los platos espera que yo me insinúe a cada uno para que puedan, todos, vivir plenamente y mostrar a qué vinieron.

Esperan por Porpix.

Gracias.

El melón se deja penetrar y llevo a la boca un primer trozo. Siento el agua brotar de su cuerpo y me creo naciendo en un campo verde con horizontes amplios y lejanos. El tocino mariscal me trae de vuelta al mundo áspero que conozco bien. Sin embargo, ninguna aspereza de propósitos se mantiene seria en la compañía transbordante y melodiosa del melón. Me detengo, busco en las sensaciones que me llegan, la parte que es de los elementos y la que es mía; me confundo y vuelvo a comenzar, a probar uno y otro y los dos juntos como si fuesen un solo cuerpo.

Dejo que el aroma de la sopa suba en imprecisas humaredas y que me invada como desee.

Es hora de bajar y de ir al encuentro de lo que me espera. Me acerco, cuerpo y espíritu, del plato hondo con color verde impenetrable. Me sumerjo y vuelvo a la superficie. Cierro los ojos para

mejor entender lo que me cuenta la espinaca. La primera sensación es la del calor que la envuelve. De pronto, un mundo rojizo y caliente se abre como por magia. Adentro, la espinaca me muestra sus aristas oportunas y me deja pasar al encuentro del pan, tostado en aceite, casi ácido de espíritu.

El vaso plástico me quebranta pero el vino me espera y lo busco para oírle los primeros secretos. El vino en la boca me aplaude como si yo estuviese en fiesta.

¡Al bife!

¡Qué campos infinitos habrá pastado la criatura que se hace acompañar por solemnes papas rubias! ¡Qué cielos habrá presenciado en su lento rumiar por la vida! Aquí está, ser destinado a mí, en mi último repasto.
El bicho parece entender las circunstancias de nuestro encuentro y aunque no quiera contarme lo que sabe, presiento en sus entrañas, el discurso avieso y trágico que me quiere negar. No toco la carne, la dejo a un lado. Me entretengo con las papas. Pero ellas están contaminadas por la tristeza reprimida del bife y me lloran por dentro. Tampoco las quiero y las dejo.
Al vino, buen compañero.
A los damascos.
Tenía antojos de mil damascos aunque mil fuera poco para contener a todos los que querría. Ahora que tengo a tres, no los reconozco, los rechazo.

Me invade una suerte de tristeza opaca.
Me alejo con la copa de vino. Me recuesto. Pero también el vino me deja solo en un momento. No sabe callar la angustia que se apodera de mí.
¿Angustia?
Es peor que la angustia pero no quiero nombrarla. Si la nombro se adueña de mis circunstancias y no me suelta nunca más.

Tomofix no canta, el cerdo no ronca. Estoy solo, amén.

Fue mi última cena. Como dije antes, sé, ahora que terminó, lo último que puse en la boca. Fue el vino. El vino fue el último compañero.

Retiraron el servicio, se llevaron los platos, los restos y la copa vacía. Una copa de plástico, como conviene a una celda de seguridad máxima. Es por la manía de pensar que a uno le puede ocurrir la idea insana de irse antes de lo pactado. ¿Para qué? ¿Por puro acto de indisciplina?
Yo quiero quedar, permanecer.

Pero Porpix termina.

Tomofix no canta, el cerdo está callado. Despierten, ¡carajo!

Mirella, voy en busca de Mirella. No quiero encontrarla en la plaza, solitaria y con viento helado sobre la mejilla. Quiero verla alegre en el calor de un paisaje amigo.

Traspongo la parte oscura del callejón que cuelga en la pared y encuentro a Mirella con el sol de un medio día.

– Jaudidarlin -- me lanza enigmática.

– No se puede tener todo, Mirella – retruco con tristeza.

Ella ríe y tira la cabeza para atrás.

– Me tienes a mí – responde Mirella.

– Nunca fue completo el tenerte – le señalo para que entienda.

Ella no deja que la risa abandone su rostro espléndido y cubierto de luz.

– Fue como pudo ser. ¿Qué más te queda?

Yo no respondo y me alejo.

En otra circunstancia, le tiro sin aviso:

– Sería capaz de matar por tu causa.

Mirella no dice nada. Sus ojos desamparados miran mi tristeza y callan. Ella sabe que digo la verdad pero es impotente para interferir en mi accionar. Puedo matar o puedo dejar de matar por su causa y culpa, sabe ella. No aumenta su admiración por esta razón. Ni tampoco me siente más arrimado a su cuerpo, por esta razón.

– Soy capaz de cualquier cosa.

No le vale nada. Ya sabe que soy capaz de exponerme porque mato.

– Te defiendo, te protejo.

No se inmuta Mirella. No oye lo que digo.

Carajo, despierten hijos de puta. No voy a oírlos nunca más. Ni el ronquido, al cerdo, ni el canto, al Tomofix. No les voy a oír las voces, los gruñidos, las salamanadas blasfémicas que esputan cuando riñen en consciencia propia. No callaré nunca más por compasión cuando les oiga rezongar rezongos infinitos contra el destino. Estaré callado, ¿me oyen? Crápulas infectados, pero no será por misericordia. Ratas putativas, paridas con herrumbre cortante, ¿dónde dejasteis vuestro honorable compañerismo de estirpe nobiliaria? Despierten, hijos de todas las putas juntas y encimadas, que me voy, ¡que termino!

Leo del Goto, en voz alta y altanera que es como se debe leer la cuestión:

Espero. No pasa nada. Estoy cansado como para proponer algo. Entonces no pasa nada más por hoy. Hoy es domingo. Si fuese otro día, me mataban. En las cárceles de Mitre, tampoco se mataba en día de domingo. Los condenados a muerte, en ese día, se perfilaban en los corredores, afuera de sus celdas. En procesión, esperaban el turno para ingresar al consultorio médico en donde recibían la descarga eléctrica parietal. Los gritos que se gritaban en el consultorio, facían tremer a todos y muitos, mas muitos mesmos, choravan y imploraban para no pasar por el castigo que, afinal, a todos alcanzaba y a todos dejaba, una mitad aquí, una otra mitad, allá. El día siguiente, día de muerte, muchos, todavía atontados por las descargas, no sentían lo que les pasaba, cuando se los llevaban para el último acto, con martillo en el cráneo y patadas en el pecho. Terminaban de desmayar y se dormían entre espasmos rebeldes y baba sangrante.

Fin de la citación

Hijos de puta: Tomofix, ¡cerdo!

Me imagino cómo duermen. Desfigurados. Deben tener la carne de la cara tirada a un costado, la boca abierta y la lengua insensata metida entre los dientes y escupida afuera. Así duermen.

Así dormimos todos y por esto nos transformamos en el sueño. Perdemos cualquier dignidad que pudiéramos tener mientras estamos despiertos y perdemos la atención que no cesa en la vigilia atenta y que puede corregir el menor cambio, cuando se dilata el otro lado de nuestra condición.

Me imagino cómo duermen. Quizás sueñen. Pero los sueños que quizás sueñen no tienen nada que ver con la bestia descansada que se olvida y se tira sin fuerzas. Los sueños son de otra instancia. Si los sueños pudieran entender dónde sueñan o por quiénes sueñan, no soñarían, se apartarían callados, con vergüenza desolada, por el soñador animal.

Si todos duermen, me retiro de mi celda y me voy a ver a Mirella que sabrá comprenderme.
Mirella, aquí voy: te quiero encontrar como el Goto encontraba a Carmen. Te quiero perder como la perdía él, sin parar. Para volver a verla, para volver a verte, sin tenerla, sin tenerte, jamás.
Si quiero ver a Mirella con los ojos del Goto, debo preparar el paisaje. Tiene que haber poco sol, poca luz. Tiene que haber llovizna inmunda, tiene que reinar lluvina infecta.
Me meto por las ruelas de mi espíritu y tropiezo sin querer con la panza abierta de una rata preñada. Un alambre de púa luce a pocos metros.
Subo la ruela que tiene casonas vetustas levantadas a los costados. Encuentro a Mirella. Ella me ve llegar y dice antes que otra cosa:

– Esta calle está muy puerca.

– No puedo hacer nada.

– ¿Cómo no, si la estás imaginando?

Tiene razón Mirella.

No tengo talento para imaginar. Mejor dicho, dentro de la jaula, no hay espacio para imaginar nada bueno.
Por el motivo expuesto, pedía que despertaran estos putos de mierda. Para hablar con ellos, para pasar el tiempo con ellos.

– Tomofix.

– ¿Qué pasa?

– ¿Estás despierto?

– Ahora sí, no estaba antes.

– ¿Te desperté?

– Por supuesto.

– Suerte la mía.

– Hijo de puta, desperté con tu llamada.

– Por eso digo que soy afortunado: puedo interferir en los acontecimientos.

– Mientras el hijo de su madre interfiere en los acontecimientos yo tengo que hacer lo que me manda él: despierto.

– Es siempre lo mismo, unos mandan otros sufren las consecuencias, unos son activos otros responden y se reconocen pasivos.

– Soñaba.

– ¿Quién?

– Yo, ¿quién más?

– Los sueños no son de uno, son de otra dimensión y se meten en uno para que uno los mire.

– Mis sueños son míos.

– No son de nadie.

– Carajo, vuelvo a dormir.

– Tomofix....

– .....

– Ei, Tomofix....

– .....

Tomofix duerme, el cerdo duerme: soñé haber despertado al Tomofix.

Mirella camina y yo la veo pasar. Camina por la calle que tiene poca luz a causa de la niebla del aire y de los vapores blancos que suben de las entrañas de los edificios y del corazón de las veredas,

por donde camina Mirella. Hay poca gente en la calle y el viento helado que sopla y que se mete a dar vueltas en las esquinas quizás tenga que ver con este hecho.

Hay poca gente en la calle y el culpado es el viento.

Antes que Mirella salga de mi campo visual, la persigo, acelero el paso y en poco tiempo, sin hacer grandes esfuerzos, la alcanzo. Me pongo a caminar a pocos metros de ella. Mantengo la distancia como un seguidor tenaz.

Como hay poca gente en la calle, Mirella se da cuenta que yo le sigo. Yo me doy cuenta que ella se da cuenta que yo le sigo. Observo sus rápidos movimientos de cabeza que buscan tirar de repente los ojos, para verme de refilón. Mirella busca mi imagen en los vidrios de los escaparates que afrontamos. Los vidrios están sucios, hay poca luz y por todo esto, no hay imagen.
Yo le sigo y ella me busca.

Cruzamos la calle. La calle se pone más oscura y más desierta. Mirella se detiene, voltea el cuerpo, me tira la mirada y pregunta:

– ¿Me sigues?

Yo no titubeo. Le retruco, con tranquilidad en la voz para que ella se dé cuenta que esto es un encuentro de paz:

– Te sigo, geraldina.

– ¿Y se puede saber con qué propósitos, forastero?

– Pa conocerte y nada más. Te veo pasar todas las tardes y todas las tardes me pregunto quién eres.

– Soy Mirella, soy bailarina y trabajo en la Ponchería del Puerto donde Tuisuan, ¿conoces la propaganda?

– No me acuerdo.

– Mala memoria o mala atención, gai.

– ¿Te puedo acompañar?

– De ninguna manera, forastero, no sabría qué hacer contigo en el camino. Tengo que irme, no me sigas, pliz.

Mirella se va. Yo me quedo en la esquina. Recibo las incansables bofetadas del viento helado. No me muevo hasta que la veo desaparecer en la parte más oscura de la calle, atrás de un muro de vapores grises y niebla compacta.

Veo la rata de la noche que pasa pesada a pocos metros de donde estoy. La rata panzona, camina gordota a algunos metros de los barrotes que me aíslan de todo. No tiene prisas, la sinvergüenza. ¿Qué tendrá en la panza? Comida entrañable, la pata de un gato ¿o las ratas del macho? Tenga lo que tiene, se aleja consciente de su poder para causar aversión. Se pierde en lo invisible del corredor y es posible que desde este lugar, me observe y espere un momento de distracción, para asaltarme, ella y sus compañeros, y llevarme los labios y los dientes y los ojos.

Mirella pasa por la vereda, frente al bar. Yo estoy en el interior del bar y bebo con lentitud el contenido de un vaso esmaltado en azul. Me tiro a andar y la sigo. El día está claro y hace calor en la calle. Por milagro o por obra del cansancio, no hay vapores, ni tampoco hay niebla abrumadora. Veo lejos como no se puede ver nunca en estos campos.

Sigo a Mirella que se distancia de mí sin que yo pueda hacer nada.

Mirella cruza la calle. Yo no cruzo ninguna calle. Dejo que ella se aleje. Es imposible que la vea esta tarde.

Veo el lugar en que está Mirella. Es un lugar tenebroso, cercano al puerto. La imagen es semejante a la del Goto.

Me acuerdo:

« En un salón de techo bajo y olor a borra, hay putas a mansalva, para todos los gostos y todas las taras. Murmuran entre ellas historias que nadie oye. Una u otra me mira pero no se fija en mí y tengo la impresión de que esas miradas son solamente el encuentro casual de mi cuerpo dentro del campo de las incesantes varreduras de ojos que hacen las mujeres. Como no se manifiestan a mi respecto, me siento libre y con ascendencias para seducir. Miro, comparo, busco en la memoria, antiguas sensaciones que puedo relacionar con las caras, las formas y las expresiones que se me avitrinan. Una vez le dije a Mitre, le di una opinión que se me ocurrió en el baño, cuando me vaporeaba. Le dije: – Presidente, por más que un hombre se mate por conquistar a mujeres diferentes, me parece que es siempre a la misma que quiere coger. Uno piensa que se aleja, dueño y señor, pero se empantana, recurrente, en la misma humedad –. El Presidente me ojó pensativo y me dijo que era muy probable que tuviera mi razón y que, en este caso, lo que él buscaba, al indagar en tantas, era llegar a la totalidad completa de una sola mujer. Po que así sea.
Ojo a una poncha que veo en deslumbre. A quiebra luz, las pasiones se facilitan. Nada hay, en esta semi claridad, que esté totalmente afuera de uno, y las caras, las formas, los gestos, que se aparentan a media luz, no son otra cosa que cunas impostoras para los delirios deliciosos del amor propio. Tomo la iniciativa y me acerco a ella, a quien imagino más que veo, lleno de cosquilleos formigantes por tuda parte. Cuando me acerco, ella se descubre escogida y florece objetiva, con una sonrisa particular:

– Vou te facer feliz como nunca lo fostes».

Fin de la citación.

Me meto en la callecita de mierda que tiene agua en las calzadas y barro en los hoyuelos. La poca luz vermellusca que llega a los ojos se origina en los letreros que cuelgan sobre las puertas cerradas de los talleres viciosos. Al pasar por las puertas, oigo el rumor ahogado del puterío frenético obrando pronobis.

Me meto en el zaguán que me llevará a la Ponchería del Puerto.

La niebla de la calle se apoderó del interior de la casa. La niebla es azul y no muestra nada. Veo sin ver un carajo, cuerpos que se amontonan a poca distancia de donde estoy. Los cuerpos se mueven y se manifiestan con lentitud.

– Me sigues todavía – suspira alguien.

Me doy vuelta y me la encuentro a Mirella que me mira con expresión rabiosa.

– Sí, te sigo. ¿Algún problema? – Respondo con impaciencia. Me enerva que esta puta pública se crea otra cosa.

Creo que la mujer captó mi pensamiento. Ella baja la mirada y dice, victimada y sumisa.

– Lo que quieras, forastero.

– Te quiero a ti – me lleno de ínfulas para contar mi amor.

– Pasa por la caja que te espero – ella me anuncia cordera.

¡Caramba! ¡Por la caja! ¡No tengo un cent!

Busco ganar tiempo. Propongo, con voz de cura párroco:

– Hija, podríamos conversar un poco.

– No converso con la clientela, forastero. Pasa por la caja, consulta la tabla, escoge lo que quieres y te espero.

El brete se me pone apretado: por lo visto que sin máni, no hay tu tía. Pongo cara de mijonario distraído, silbo un compás dosporcuatro y espero que el destino me muestre el camino. La tipa me rodea con el ojo y entiende la cuestión por el revés de mi actuar.

– ¿Bolsillos vacíos, forastero?

– Llenitos de oro, putita.

– Shoumi – me reta a que le muestre algo. Yo me siento incómodo en la situación pero escarbo ganar el tiempo que perdí. Miro a

los costados como si quisiera encontrar algo más apetitoso, entierro las manos en los bolsillos, como si quisiera proteger el oro del mundo, pongo cara de fastidio, como si estuviera harto y proclamo, como si quisiera que todos me escuchen:

– Me voy antes que me invada el aburrimiento de estar en este lugar.

Ella levanta los hombros y se aleja sin que le importe lo que yo digo.

Entro a la casa. Es una casa en un barrio bian, en una calle bian, en una ciudad que es bian. Jaiklas.
Entro a la casa que está abierta porque nadie teme a nadie y porque las puertas cerradas son manifestaciones que no hacen bien.
La casa está abierta. Hay luz de verano. La luz que encuentro en el interior de la casa, es cálida y amiga. Amiguera, la luz me muestra lo que hay para mostrar y nada esconde de lo que hay para ver. Las sombras que ocurren en los remotos rincones, no son sombras de verdad, son regiones de menor intensidad de luz, nada más. No hay sombras, no hay puntos que yo no pueda ver.

Veo todo. Y porque puedo ver todo claro, me digo, a mí, a nadie más: que en esta casa, iluminada y sin misterios, con seguridad cristalina, encontraré el oro que busco con afán.

Me pongo a mirar con el ojo, el lugar del oro. Busco el oro que no veo pero que sé que está a mi alcance, en esta casa iluminada.
No encuentro nada en la sala. Tampoco encuentro en la otra sala, o en la otra sala. No encuentro en los gutierrez del fondo, ni en los primazos del frente.
Subo las escaleras. Me acojo a las alturas y entro y salgo de las habitaciones vacías, como si fuera brisa del día.
Me detengo en el cuarto principal. Hay oro aquí, sé que hay.
Pero en este instante, entran a la casa que estaba vacía. Entran los tres y yo disparo a los tres.

Mato a los tres, uno a uno.
Me detienen, me castigan.
Aquí estoy.

No. Detienen a él, castigan a él. De mí, se vengan. Aquí estoy. Porpix termina.

La historia es esta, no la otra.

Estoy en el cuarto cuando oigo llegar. El hombre sabe que estoy en la casa y es él que da el alerta. La mujer sabe que estoy en la casa y toma la retaguardia del hombre para proteger a su macho. La niña está perdida. No sabe lo que pasa y, sola en el mundo, se desespera y pide auxilio. El auxilio que pide es cualquiera. No puede vivir sola. Pide compañía, o entonces, pide que la duerman.

Estoy solo en el cuarto y oigo que llegan en el piso de abajo. El hombre, macholo, huele la presencia del enemigo. Sus nervios se crispan, sus músculos se preparan para el combate que se avecinda. Tendrá que expulsar al otro de su territorio.

La mujer, presiente el drama. Sabe que no podrá hacer nada mientras los animales muestren los dientes. Advierte el peligro que corre ella al tener negada cualquier participación en la lucha. Pide que él se cuide. De esta forma exige participación.
La niña busca desaparecer en la noche. La luz terrible, del día que le cae encima, le revela el origen monstruoso de su esencia.

El hombre sube las escaleras. Porque sabe que hay alguien y porque sabe que alguien le espera, pregunta a los gritos si hay alguien y si alguien le espera. No digo nada, no respondo. El hombre se acerca, aún más. Sabe que a cualquier momento se produce el en-

cuentro que será mortal para uno de los dos. Si pudiera no acercarse, no se acercaría. Si pudiera dejar libre el espacio al otro, no haría lo que hace ahora que se acerca.
Le oigo llegar. Me preparo porque reconozco que las intenciones del macholo no son buenas.
Espero armado.
La mujer, pide a su hombre que se cuide. El hombre entra al espacio en el cual me encuentro yo. Me ve y actúa de la única forma que encuentra posible actuar: avanza y pretende tirarse sobre mí. Busca copar mi espacio íntimo y de esta forma, procura reconquistar sus dominios.
Disparo. De susto o de miedo. Sin puntería. La bala mortal explota sobre la frente blanca que está agachada y cargando en mi dirección. La frente blanca se cubre de un manchón oscuro que sangra torrencial. El hombre se desploma en al aire y cae pesado a mis pies. El cuerpo se estremece, se atolondra como si sintiera cosquilleos infinitos. Después, se calla y se apaga de cualquier movimiento.
La mujer sube las escaleras. Llama el nombre del macholo. Ella sabe lo que ocurrió, su ciencia le dice que no hay más compañero a su lado, pero ella no entiende el alerta de su percepción.
Así como sabe que quedó sola, también sabe que le faltan algunos segundos de vida. Quiere parar su loca carrera, quiere hacer media vuelta y recomponer su hogar con otro pato. Pero la locura que a todos nos pierde, la impulsa y le hace volar hacia al fin.
Entra al cuarto. Como sabe que el marido está muerto, no le tira mirada. Me ve a mí, corre hacia mí. En un último instante de consciencia, veo que procura atajar la trayectoria del cuerpo que se tira en mi dirección. Busca frenarse, rehacerse.
Tarde, demasiado tarde.
Disparo. No veo dónde impacta la bala. Veo que el cuerpo pierde de repente, cualquier voluntad, siento que se aleja de cualquier control. El cuerpo cae al suelo, sin ningún cuidado.
La niña llora y llama. Llama a quien sabe que tiene que llamar. A nadie más. No sube las escaleras.

Si nadie más sube, yo me retiro de la habitación. Bajo a la planta baja para huir.
La niña llora, sola. Me ve, me mira, me culpa. No porque yo tenga la culpa. Me culpa porque no hay otro a quien culpar. La parte ancestral de mi mente recibe el impacto brutal de la reclamación. La parte de mi mente dormida o subyugada hace tanto tiempo, se revela, se rebela y en un momento, desecha cualquier control.
La parte antigua de mi mente entra en erupción al oír sus propios clamores infantiles.
Yo me agiganto y en pánico por el significado atroz, tiro: bang, bang, bang.
Cierro los ojos, tropiezo en el camino y corro para escapar.
La calle es nocturna con lluvias del sur. Hay ramas en el suelo, tiradas por el viento que pasó. Corro, clapotando los zapatos en las aguas que repiten sin sentido, las luces apretadas de los postes de luz.
Corro y mientras corro veo que los gotos, como diría Cecé, rondan el barrio buscando atrapar al marginal que siempre hay. Me escondo, me meto entre árboles de jardín, me pongo chico y espero que se vayan.
Pasan sin prisas, miran pero no me ven. Yo espero.
Tiempo después salgo, vuelvo a mostrarme.Me encuentran.

Me pongo a caminar sin rumbo. Empieza a llover y la noche se estrecha a mi vuelta. Busco a Mirella.
La encuentro triste, entre humos malditos en la Ponchería del Puerto.

– Mirella – digo.

Ella se mueve, mira en mi dirección. Después, se aleja, va decidida como si me mostrara el camino. Me dice:

– Pasa por la caja, decide lo que quieres que te espero donde sabes.

– Iudontanderstand – le retorco yo, con pasión caliente metida en cada soplo de sílaba.

– No me vengas con lo mismo, forastero: aquí se goza, aquí se paga.

– Maté, maté, maté.

– Te puedo suavizar la pena tres veces si deseas, pero tienes que pasar por la caja indulgente.

– Maté de verdad.

– Y yo de verdad te consuelo y te hago olvidar. Paga que te espero.

Mirella pretendía alejarse de mí. Yo agarro un brazo, la pongo cara a cara conmigo y le digo, faiztufeiz para que sienta el aliento decidido:

– Necesito que escapes en mi compañía. Tenemos mucho mundo para correr.

– ¿Escapar?

– Por el subterráneo primero, después, a pie, cuando salga el sol. Después, veremos, en barco quizás.

– ¿Tengo que irme?

– Ahora y conmigo.

Mirella es una mujer acostumbrada a la obediencia, baja la cabeza y salimos a la calle, brazo en brazo, juntos como loversinderein.

Tomamos el subterráneo. El carro está vacío y podemos abrazarnos sin incomodar a nadie. Cruzamos la región oscura de las entrañas, después entramos a la luz de los fuegos.
Bajamos en la estación siguiente.
El día es de verano y hay sol para todos. La calle está desierta como si nadie la necesitara para nada.

Caminamos un buen rato. Pasamos por casas cerradas sobre la calle. Pasamos por cuatro edificios altos pintados de azul. Las porterías de los edificios están cerradas.
Pasamos por una iglesia construida con ladrillos aparentes, color de miel. Un vitral cortado en extraño tajo horizontal, sirve de apoyo para el nido de una paloma que nos mira pasar.
Llegamos a la casa.
Entramos y nos abrigamos de la calle y del calor que sopla.
Mirella me mira y me dice:

– ¿Es verdad que mataste?

– Es verdad.

– ¿Me puedes contar?

Me pongo cómodo y le digo lo que sé:

– Eran tres, maté a una familia.

– ¿Qué fue lo que más te impresionó? – Me pregunta ella con curiosidad.

Pienso antes de contestar. Descubro algo que ahora me impresiona. No quiere decir que me haya impresionado antes. Me impresiona ahora.

– Una imagen del hombre que moría.

– ¿Se puede saber?

– Shur. Es lo siguiente: cuando disparé, vi que la bala se metía en la cabeza por la frente y se me ocurre la cuestión: en ese momento el hombre herido, pero todavía no muerto, habrá sufrido una multiplicidad de percepciones. Me imagino que cada parte de su cerebro baleado, divorciado de la totalidad, haya intentado hacer sentido por su cuenta. Por muy poco tiempo, o por la eternidad, ya que no había más parámetros para juzgar taimismáni, el hombre fragmentado habrá luchado para saber qué pasaba, o para darse cuenta de lo que era. Esta imagen me persigue como fuego en las tripas y me repone, con fuerza atolondrada, mi misma cuestión.

– Una bala en la cabeza, ¿me dices?

– Una bala en la frente.

– No sintió nada. Murió de repente.

– Para mí que lo veía, así fue o así pudo haber sido. Pero para él que moría, no habrá sido igual. Se habrá abierto en mil y un sentidos, habrá agonizado plenamente en cada uno de ellos.

– Es asqueroso lo que me cuentas.

– Así veo la crisis.

– ¿Y qué hacemos?

– Nada. Nos escondemos. Vivimos en paz un tiempo, el tiempo que querramos, hasta que nos encuentren y nos tomen.

– ¿Nos pueden tomar?

– Con seguridad. No hay cómo escapar para siempre. Un día, que puede ser ahora o mucho después, nos alcanzan y nos juzgan por el crimen que se cometió.

– ¿Me atrapan a mí?

– Si estamos juntos, nos atrapan a los dos. Se vengan de nosotros. Pero solamente si estamos juntos.

– Yo no hice nada.

– Itsokeisuitjart.

Abrazo a Mirella con amor de veterano.

Las estaciones del año se presentan en un día. Despierto a la mañana con encantos de primavera. El sol es tímido y tiene rasgos de adolescente. El jardín que la casa tiene en la parte de atrás, está cubierto por pequeños espejos rotos que se repiten mil veces.
No son espejos: es el hielo terminal que la primavera derrite porque anuncia el sol que vendrá.

Pienso en la primavera. Si tiene fuerza, si de verdad tiene poder para derretir todos los hielos que se acumularon durante el invierno, en poco tiempo este jardín que tengo delante de mis ojos será un terrible barrial, de agua, de tierra, de restos muertos en la pasada estación.

Mirella acaba de despertarse y oigo que canta sin querer llamar la atención. Canta, mientras arma los puntos infinitos de una alfombra que algún día terminará. Mirella canta en voz baja, trabajando su bordado de múltiples colores.

No me acerco a ella para que no pare de cantar. Por la ventana, veo el jardín que se transforma con las primeras luces de la mañana.

Al medio día, la casa está abierta. Las ventanas, las puertas, las aberturas están ensanchadas hasta el límite. Hace mucho calor y los insectos entran a la casa y zumban en el aire que está quieto. Mirella está sentada en la sala. La silla sobre la cual Mirella se sienta es de madera clara.

A la tarde, el cielo se inquieta. Se deja tragar por una bruma insidiosa que llega sin avisar. La luz tiembla. Hace calor pero un puñal de frío se mete en el aire que sopla sin dirección.
Mirella cierra las puertas, cierra las ventanas. Se refugia en el corredor de la casa.
Se mete en el medio del corredor, sin saber qué hacer.

Noche cerrada. Nieva. Hay viento fuerte. Un rumor terrible hace temblar el aire. Mirella baja la cabeza como si no soportara el momento. Dice, con voz apagada:

– Estamos perdidos.

– Todavía no.

– Oigo que vienen a buscarnos.

– Todavía no.

– Están afuera. Entran y nos llevan. Nos tiran a calabozos oscuros y nos queman con el soplo del infierno.

– Todavía no.

Se escucha entonces un ruido en el jardín. Es como si algo muy duro cediera y comenzara a romperse. Mirella agudiza el oído. Parece comprender. Pregunta, reprimiendo alguna esperanza que acaba de nacer.

– ¿Los hielos?

Yo le significo que sí con la cabeza intrigante. Después confirmo con voz soplona:

– Son los hielos y es la primavera que se asoma y les hace romper.

– Estamos salvados. – El rostro de Mirella se ilumina con el sol prometido.

– Todavía no.

Yo me alejo. Veo que el jardín se llena de cristales rotos y que se inunda con agua turbiada en barro y que se mezcla con una infinidad de puerquezas, inventadas por el invierno y que ahora se pudren en el calor que ya llega. Una vez más.

Otro día:

– ¿Estamos seguros? – pregunta Mirella.

– En este barrio, estamos seguros, no tenemos por qué temer.

– ¿No nos encuentran?

– Nadie nos encuentra.

Mirella se calla. Pero sé que me oculta algo. No me quiere decir. Yo le propongo:

– ¡Que salga afuera lo que está adentro!

Baja la mirada, en señal de vergüenza. Dice, sin querer decir:

– Tengo pesadillas.

– Yo no sueño nunca.

– Sueño con la familia que mataste.

– Ya murieron..... y yo no los maté.

– Mató Porpix.

– Mi igual.

– Tu idéntico.

– Ich bin Porpix.

– Sueño con la familia que mataste.

– Ya murieron, los mató Porpix, mi igual.

– Du bist Porpix.

– ¡Yavol! – Entiendo que la conversación se hace social, circular y sin salida. Propongo la alternativa salvadora: – ¿Que tal si nos dedicamos a la entrepierna del opuesto?

– ¿Meternos en la camona permisiva?

– Tuisuan, uanistu, como dice la propaganda.

Mirella me sonríe, marroquina, y se deja seguir, lamiente, por las escaleras que suben al diván.

La cosa se puso fea con el tiempo. El lugar era agradable, el barrio tenía salud. La vecindad no se metía con nosotros, ni tampoco nosotros nos metíamos con los vecinos. Cada cual en su lugar.

Pero el sentimiento de culpa borraba cualquier intento de felicidad. Mirella tenía pesadillas – yo no sueño – y me despertaba con sus antojos nocturnos que eran de meter miedo al más duro inocente.
Con el tiempo, el lugar se puso feo. El barrio perdió el encanto que había tenido, los vecinos imaginados se metían a espionarnos y la intriga se hacía abusadora.

Con el tiempo, y por miedo de la historia, tuvimos que escapar.
Una noche, oscura como la lengua de un blasfemo, huimos. Borramos las huellas que intentaron perseguirnos como manchas de ojalá. Cubrimos la retaguardia y nos alejamos de todo mundo.
Caminamos buena parte de la noche y una pequeña parte de la mañana del día que amaneció.
Nos alejábamos de los barrios y de cualquier mancha de ciudad.
A media mañana, el horizonte se puso ancho. Nos mostraba más que a sí mismo y al cielo, de un azul profundo y vacío.
El desierto nos recibía y sería, a partir de entonces, nuestro hogar.
Al medio día – y sé que era la mitad del día por la postura arrogante del sol que nos miraba de arriba, sin piedad – hicimos un alto en la caminata y por primera vez, en horas, nos sentamos a descansar.

Nos sentamos y pudimos sentir – yo y Mirella, cada uno a su turno y a su manera – lo caliente que estaba el suelo. El calor se entrañaba y no era el calor que acude a dar la bienvenida. Este era obsceno, tajante, malevo. Nos odiaba de frente y nos quería al revés.
Los cuerpos aguantaron el ataque.
Mirella rompió el silencio que se había establecido de común acuerdo. Dijo, con voz sin consuelo:

– ¿Crees que el desierto nos acogerá?

– No, no nos acogerá; procurará alejarnos de su entorno, buscará castigarnos, pero será por sus razones y de ningún modo, por nuestras culpas.

Mirella bajó la mirada y se durmió, al tiempo que el sol se olvidaba, para dar lugar a la noche y a sus estrellas heladas.

Cuento estrellas mientras Mirella duerme.

Me llegan voces. Vienen de muchos. La gente que habla se esconde atrás del macizo de rocas que veo ensombrecido a la distancia. No sé qué dicen estas voces. Hablan y no les entiendo porque no sé hablar el idioma que emplean.
Es un ejército de voces. O quizá sea un mercado puesto a la noche para recibir las súplicas del público. No sé.
No es hora de saber, es hora de abrir la percepción a lo que llega, sin buscar entender.
Hay un canto en medio del ruido vociferante. Es canto compacto que mete angustias en el camino. Como si hablara de senderos que terminan sin que se los pueda evitar. No hay salida en estos senderos. Uno se pone a caminar por ellos para llegar a algún lugar. No llega nunca y termina en el proceso de intentar.

Mirella duerme. Debe soñar. Ella dice que sueña. Mirella sueña y al soñar se aparta del desierto, de las estrellas. Se aparta de mí y de la carga mortal que yo represento. En sueños, Mirella no tiene culpas y es libre. Puede quedar donde le dé la gana.
Pero solamente en los sueños puede dejar de huir.

Camino por el desierto en dirección a las montañas que veo de lejos. La silueta de las montañas recorta la noche hecha de estrellas y de nada más.

Hace mucho frío en el desierto, a la noche. No corre aire y es como si el frío fuese producto de la muerte y no de alguna realidad que se manifiesta con fuerzas para vivir.

A medida que camino, veo que las montañas no se acercan. Permanecen donde están y yo no me encuentro más cercano a ellas. Eniuei, camino.

Subo a una pequeña elevación que aparece. Camino por una meseta recién inventada. La meseta es accidentada, tiene altos y bajos. No hay luz y la noche posee cualidades sólidas.
El paisaje, sin embargo, emite alguna reverberación. Es la reverberación del paisaje que guía el camino que hago para llegar.
La meseta termina. Bajo a la llanura. Camino por un tiempo y me acerco a un resplandor que se aviva contra los cerros del horizonte.
Me aproximo y mientras voy llegando, vuelvo a oír las mismas voces de gente que oía de lejos sin entender. No entiendo qué dicen, hablan un idioma que no me es familiar.
Entro al pueblo por un pórtico que parece hecho de tierra o de otro material que tiene el color desteñido de la tierra del desierto. Camino por una calle de tierra. La luz que se muestra, es la luz de un crepúsculo eterno bajo un cielo negro. Veo que hay gente sobre la calle y sobre los costados. Hay formas de hombres, de mujeres, de niños. Cuando uno de ellos se mueve, cuando camina, deja una huella de polvo, como un soplo visible que se levanta del suelo. El ambiente es el de un mercado y todos los presentes, bultos, sombras, formas, parecen entregados a la tarea de mostrar, demostrar, comprar o vender. Nadie tiene prisas, nadie corre, nadie se inmuta. El mercadeo se hace en voz alta, sin que se haga a los gritos y son estas voces las que oía cuando estaba lejos.

El aire está pesado, sofoca. Un olor a encierre se mezcla al olor latente de alfombras antiguas, paños guardados, piernas sudadas, bestias que orinan. El aire es caliente y está parado.
Camino por la calle. Las construcciones que veo al pasar son bajas, tienen paredes hechas de tierra.
La luz de crepúsculo no me permite ver muy lejos. Oigo, más que veo, los límites de la ciudad.

– Forastero – alguien llama en mi idioma. Miro al llamante. No ubico a nadie en la luz que insinúa sin señalar.

«No me habrá llamado nadie» me digo a mí mismo para explicarme. Vuelvo a caminar cuando de nuevo entiendo que me llaman:

– Forastero – ahora sí veo que alguien camina a mi lado: – No me mires, sigue andando como si yo no existiera – me suplica la voz con urgencia metida en el timbre: – Cuidado, porque corres peligro. Apártate de este pueblo.
Yo sigo caminando mi camino, sin mirar a los lados, por el peligro que me acaban de anunciar. Quiero saber más sobre el peligro que corro, quiero preguntar de dónde viene y quién lo genera: Digo, sin cambiar la mirada que tengo puesta sobre un punto que está adelante:

– ¿Juariu?

Nadie responde. Sigo mi camino. Me atrevo a mirar a ambos lados. Ya no tengo compañía. Estoy solo y camino por la calle crepuscular con piso de tierra y polvo en el aire, mientras la gente a los costados continúa el mercadeo, distraída de mi paso.

El aire se vuelve más denso aún, como si estuviera cargado de mal. La gente, que no se inmuta cuando paso, no parece ajena a mi viaje. Me tienen en cuenta, así creo. Pero reservan sus peores presagios para dentro de un rato. Para cuando se pueda agredir.

Yo sigo mi camino, busco una excusa valedera para dar media vuelta y salir. Temo que si doy muestras visibles de querer salir de aquí, no me dejen hacerlo. Siento en el ambiente, una predisposición que crece contra mi persona. Me harán quedar.

Continúo mi camino. Como si fuera un hombre acostumbrado al pueblo y a sus mañas, entro por una puerta que se abre sobre la calle. La puerta conduce a un pequeño corredor que desemboca en un salón amplio que por su vez, tiene paredes vacías y la misma

luz que había en la calle. Hay gente en el salón. Los grupos se esparcen sin orden.

– Forastero – me dice una voz y me comunica solemne: – Estás perdido.

Yo quiero saber quién me habla. Busco al que tiene la voz. Pero no hay nadie a mi lado.

Mismo sin ver al locuaz, me atrevo a la injuria:

– Quién puta es el pajero que me quiere amedrentar.

Digo esto con fuerza en la voz, por las dudas y para que me sientan capaz de reaccionar.

Los que están en el salón no se inmutan. Parece que no me oyeron hablar. Nadie me mira y todos siguen en sus menesteres misteriosos.

Como no tengo nada que hacer en el rincón, vuelvo a la calle.

La luz ha cambiado. Por un lado, es más débil, por otro, tiene vestigios visibles del rojo. Con esta luz, no veo nada. Oigo las voces que oía cuando llegué.

– Teniente – grita alguien. Miro al agresor que me mira a dos metros de distancia.

– ¿Llamaste? – indago

– Llamo al asesino de los tres.

– ¡Itsnotmi! – Pongo buena cara y pretendo que me crea, el individuo.

– Mataste a tres.

La platea se electriza. Siento que todos tienen los ojos puestos sobre mí. Busco mi mejor voz de farsante y doy riendas a la garganta para que opere la revelación:

– El que mató me precedió sobre la tierra.

– ¿A quién condenaron por el crimen? – Me pregunta una voz de mujer que brota de un costado.

La cuestión se pone en mi contra. Tengo que informar la verdad. De cualquier modo, esta que me indaga ya la conoce. Digo con insolencia en la voz:

– A tres hombres que los jueces pretenden que sea uno.

– Son tres hombres metidos en el mismo delito – sentencia la voz.

– Yo no maté – me defiendo.

– Mató tu padre, mataste tú, mató el hijo. Porpix mató – Mirella, es ella, se hace a la luz y se revela en su totalidad.

– Porpix termina y yo no maté.

Mirella camina en mi dirección. Esquiva con gracia y fluidez, los cuerpos agrupados puestos en su camino.

– Nada puedo hacer.

– Mirella, estás metida en esto conmigo – le canto a la potra para que no se me haga la desentendida.

– ¿Sho? – Me pregunta con cara de sur.

Me junto los dedos de una manito y me los sacudo en la cara. Ella entiende. Pero finge perder el jujú de la tipuá. Me suelta, mariposa:

– ¡Bah! Hablo nada más que para cumplir la función. A mí no me importa que se haya matado – dice ella, como si fuera, por generaciones, la sola reina del circo.

Perdí el tiempo con esta tipona. Me hubiese refregado, solitario, me hubiese armado con pasión.
Lleno de malestar cargado en cada poro de piel, me retiro. Hago el camino de vuelta, contando los pasos con prudencia.

De repente, estoy del otro lado del pórtico que marca la entrada del pueblo.
La noche es densa, el cielo está negro pero hay estrellas, como en cualquier cielo nocturno. Hay silencio y el roce cuerino de mis pies que se meten en la arena de las dunas, es el único ruido que oigo al caminar.
Llego. Mirella duerme. Me acuesto a su lado. Me pongo de espaldas a la tierra y de cara al cielo. Así me quedo.

– Ayer, mientras soñabas, te dejé e hice el camino del pueblo – le digo a Mirella.

– ¿Qué pueblo? – Me pregunta Mirella y hay espanto en sus ojos solitarios.

– El que está del otro lado de aquellas colinas.

– No hay nada del otro lado.

– Es verdad. Pero anoche había y fui hasta el pueblo.

Mirella está resignada como si le hubiesen descubierto la trama. Me dice, en un suspiro:

– Soñé que caminabas por una calle de tierra y que la luz era la de un crepúsculo que no tendría fin, nunca.

Yo me espanto y le revelo:

– Caramba, me avisaste que estaba perdido.

– Dos veces te avisé en sueño.

– Yo no sueño.

– No importa, me oíste hablar y es lo que cuenta.

Mirella me esconde algo. Algo tiene ella metido en el corazón y no quiere mostrar:

– Shoumi – le imploro una vez más.

– Aiuanagobac –. Veo que a Mirella le corre una lágrima de irremediable añoranza. La lágrima desliza sobre la mejilla.

– Shurbeibi.

El desierto ámbar que no perdona, se había cobrado más una víctima.
Esperamos la hora de la luz baja y nos retiramos, baibai.

A Mirella le gusta el puerto y sus refugios.

Nos metemos por una sordidez callejera, llena de humos y pesumbres que nos soplan en la cara como vientos calemones. Nos vamos, nos vamos. Mirella camina adelante y provoca los pasos que yo invento para seguirle.
Entramos a un zaguán destrozado por balas de cañón. A mí, la guerra me provoca mareos y pido la mano a Mirella. Ella, juguetona, me aleja la mano y pregunta:

– ¿Qué te pasa?

– La manito, suiti, que los obuses y sus restos me hacen mal.

Mirella pone cara de ualistrit. Se sonríe y lanza, comercial:

– ¿La manito? Pasa por la caja, mira la lista de las taras, tarinas, decide qué será, paga que yo te espero para tus fantusquetas de permiso.

– Camon – me hago gatote para suavizarle las ínfulas.

– Nouei, forastero: a la caja, como aniuan – ella comanda, ella decide, ella, Mirella, es la ídola de mi jart.

¡Taratatá!

No me importa terminar. ¿Qué puede significar terminar? Toda la vida estuve metido en un buraco que me fue legado por mi antece-

sor. El buraco será mi legado al figliolo que me sucederá. ¿Cómo que no es fligliolo? Es parte de mis partes, sangre de mis venas, culpa de mis entrañas. Es mío y le dejo el mundo. Si no hubiera existido yo, él no hubiese salido a la luz. Él tendrá su espanto mañana, cuando le cuente el magistrado, por orden imperiosa de la corte, el futuro que le dejo. Mañana, cuando le toque verme por primera vez, sabrá quién soy y quién es él. Sabrá que vendrá a meterse en el buraco que me vio tantos y tantos años. Sabrá que ya no vuelve a los amplios espacios donde estuvo esperando mientras crecía. Ningún árbol, noumor, nada de cielos a cualquier hora, chicuelo, nunca más la mano atrevida de una jujerjuajua para espantar el terror de las noches calladas. ¡A los dieciséis, iuremenboi! Y tendrás que agenciarte para terminar de crecer, sin tardar. Tendrás que quemar etapas y ocupar los espacios que te faltan para no volverte loco con la revelación que te espera. A los dieciséis, como manda la ley. Ya te veo: te habrán dicho que te mudabas de casa. Del internado, a lo nuevo. Las sorelas que te vieron crecer, se despiden. Llegas, y al llegar, ya sientes el cambio. Se respira brutalidad en este nuevo ambiente. Todo ocurre a los gritos y a los empujones. Te dan nuevas ropas. A los gritos. Te hacen caminar por un corredor que nunca termina. A los gritos. Te empujan, para que camines más rápido, a los gritos, más despacio, a los gritos. Te traen a mí. Nos encontramos en el amplio salón del PePePePe, el salón de las presentaciones presentativas para la presentación de los presentes. El magistrado, más cagón que ruiseñor en vuelo, lee las actas del proceso, con voz fina de pachorro pucheto. El putón lee lo que está escrito. Nada más y nada menos.
El magistrado os informa que el proceso determina, que el proceso manda, que el proceso dice, que el proceso ejecuta.
¿Sabes dónde estarán tus ojos? En los míos. ¿Sabes dónde estarán tus oídos? Buscando el ruido que hago al respirar. ¿Sabes cuál será tu pregunta, confusa, aterrada, dolida? ¿Qué carajo pasa? te preguntas, todo cagado.
Nada se entiende, nada se capta. Todavía no.

Me llevan atado y me sigues unos metros atrás. Me llevan al piletón. Hacen, por la fuerza de los brazos o por el grito de las bocas, que nos miremos una última vez. No sé si diré algo. A mí, el otro, el santo, el padre, yo de verdad pensé que fuese mi padre, me dijo, aimsorri, aimsorri, dos veces y nada más. Yo no sé si digo algo o me callo para no decirte nada.
Digamos que me calle. Digamos que no te diga nada. Me miras sin entender lo que ocurre. Me llevan al borde del agua oscura. Atado, de manos y de pies, me ponen en el agua y en el agua negra me sumergen. Yo peleo, yo grito. Aunque no quiera pelear, peleo y aunque quiera callar, grito. Pero pueden más que yo y me entierran en el agua, con mi pelea y con mis gritos. Yo sigo peleando como puedo, en silencio, sin poder gritar. Estoy muriendo, bajo el agua, estoy terminando, bajo la fuerza bruta que puede más que yo que estoy atado.
Te quedas solo y como piedra, con espanto, rabia, angustia, dolor. Vas a gritar varias noches en tu jaula dos por dos, con mierdero de acero y barrotes de color verde. Vas a gritar, gritar, gritar, pero, ¿jukers?
Un día ya no gritas. Y cuando no grites más, tendrás a veces el miedo ratero que te vendrá a visitar. Te dirás: yo también termino. Igual. Y después, pero bastante después, te preguntas, ¿varum? ¿Por qué somos tres? El primero mata, peca. El segundo da testimonio de su grandeza. El tercero, es la redención de todos.
Nada más.
Nos encontramos mañana, pendejo.

¿Qué te puedo dejar? ¿A Mirella? – ¡Cómo no! Te dejo a Mirella con todos sus rincones, con sus mares, sus cerros; te la dejo con las lluvias que le caen encima, con los vientos que le mueven el pelo. Te la dejo en poncherías, en palacios o en iglesias, para que la utilices a tu antojo y señorío. Te lego a Mirella. No te asustes, no tendrá ella marca alguna de mis manos y no conoceré yo ninguno de los secretos que te contará, la bandolera, en las inconta-

bles camonas permisivas que querrás crear con ella. Te entrego a Mirella. Pero tienes que encontrarla, frangollo.
¿Los libros? Sí señor. Para que encuentres la voluptuosidad de tanta venganza, los textos sagrados. Y para que te cosquilleen las tripas, las desventuras de misir visir, goto demerde.
Naama, najama, noumor.

Ronca, cerdo, ronca sin parar. Calla, callorum, el tomofix singral.

La rata de la noche pasa gorda, repleta de pus. Camina lerda, sin temores. Está en su casa, está con su gente. Acaba de cenar con el fiscal. Salió de la casa del juez. Acaba de besar el solemne pie de la hija bastarda, del ministro togado, hijo de puta macholo, el que dispuso mi vida a su antojo y razón. La rata está en su salsa, la rata no mira al comparsa. La rata bambela pasa por mi celda y no se le da de voltearme la cabezuela mañosa, por sencillo desdén. Pasa sin ver, la rata maldita.

¡Mirella!

Tengo dieciséis años. Por una calle angosta del pueblo, camino con la lluvia que me invade el poradentro de las ropas. Baja el agua por el cuello de mi saco y a partir del cuello de mi cuerpo, el agua me invade, pecho y espalda.
La calle angosta tiene gente que sube y baja. Las luces del pueblo, brillan en las piedras negras que tiene el suelo en el lugar. Yo camino sin rumbo, con el antojo puesto sobre la piel. Camino y nadie me dice que llego alguna vez. Camino, quizá para ver dónde termina la vía, que es angosta y transitada.
Siento que un hombre me pone la mirada. Me lanza exclamante:

– ¡Jeyiu!

Yo pongo la mano sobre las costillas, bajo la cabeza, levanto la mirada y le significo por el gesto, que puedo ser yo el inquirido. El hombre pide que yo me acerque. Me acerco. Me dice si conozco la fuerza del oro. Que sí, le respondo. Me pregunta si vi mucho oro junto. Que no, le retorco. Se ríe y me lanza la revelación: hay oro patí y pamí. Me da el arma y el mapa del lugar.

Me alejo de él y llego al lugar ponzoñoso: una casa blanca, con una puerta abierta en su base. Entro a la casa pero no me detengo en sus salas primeras. Subo las escaleras, subo, subo. Me dirijo a la pieza principal. Abro la puerta y me pongo a buscar.
Busco el oro que sé que hay.
Pero llegan los dueños que tengo que matar. A él, a ella, a la crianza que no entiende nada.
Hace diecisiete años, Porpix mató. No maté yo, mató Porpix.

La tarde de las muertes, Porpix estaría loco por oro. Cuando oyó llegar entendió que le cerraban el camino. Se abrió el camino a balazos, matando, matando, matando.
En la calle corrió para huir de todos. Lo alcanzaron. Lo juzgaron, lo condenaron. A mí, me hicieron y me parieron con el solo propósito de condenarme a pagar por el crimen horrendorum pecatáminis.
A mí me hicieron para la culpa y para el castigo. Al que me sigue, también, le hicieron igual.

Tantas veces repetí el mismo cuentito. Sin embargo, cada vez que me oigo contar, oigo el cuentón como cosa nueva, nunca oída.No me canso de oírme.
¿Efecto de la última noche? Puede que sí, pero no habrá medios de hacer especulaciones más profundas.

El pecado original no me afecta. ¿Qué digo? Me afecta, por supuesto que me afecta. Estoy aquí, en este zaguán del infierno, por su causa. Pero no lo siento como culpa mía y no me lleno de reproches por él. Mea culpa, mea culpa, maifut.
Yo soy otro, yo soy yo. Porpix termina pero no tendría que terminar. Porpix vive. Carajo, vive, vive, vive.

Mato a los tres. Los tres mueren en el acto. Yo, a partir de este instante infinito, tengo todo el tiempo del mundo para buscar lo que me trajo aquí. Busco en las gavetas, en las retretas, en los armarios y en los rincones. Hay oro, sé que hay oro. ¡Goldmen!
Nadie me apura. Busco y encuentro. Mi vida cambia. Dejo de ser solitón. A partir de ahora, seré platudo platanate.
Me recuesto en el diván de cuero para pensar en el avenir que me espera. Pienso qué haré con tanto oro en los bolsillos. La sensación de poder me invade y me hace bien.
Puedo quedar en esta casa, vivir en la casa que hasta ahorita no era mía. Es mía ahora. Me pongo de pie para hacer un recorrido por las habitaciones. Salgo de la pieza en la cual encontré oro. Salgo al corredor. Un soplo fuerte de muerte me chicotea la cara y me hiela el cuerpo. Hay muerte en el aire. Me muevo con pavor por las partes de la casa. No llego a la sala principal donde hay cuerpos tirados en el piso. Vuelvo a la primera pieza, recojo todo el oro que puedo. Salgo a la calle con el corazón en la boca.

Llueve. Es noche y hay muy poca luz en la calle. Camino con pasos lentos para no llamar la atención. Una patrulla surge en la esquina. Vienen en mi dirección. No cambio la forma de caminar. Me apuntan el fajo de luz azul siluetante. Frunzo el ceño, levanto las manos para proteger los ojos. Altero el humor y los nervios y lanzo al aire, con furia:

– Oiga, oiga. Meta la luz del faro en el culo de la abuelita.

– Perdón ciudadano, nos confundimos – Me responde el agente patrullero que apaga la luz y pasa lentamente a bordo de su vehículo, negrote, rugiendo el turbo y escupiendo demencias.
Yo continúo en la calle. Acabo de ser reconocido como ciudadano por un agente patrullero. Bastó para tanto que yo gritara. Como decía Sanpier, si uno no se da su lugar, pierde cualquier posibilidad de sentarse cómodamente en una silla.
Camino en la lluvia, lleno de oro y con un futuro brillante por mí delante.
Entro en la ruela de las poncherías. Me dirijo directamente a la Ponchería del Puerto. Entro y lleno de confianza, grito, no es que pida, grito:

– Que venga Mirella.

El obispo, gerente de la casa, me hace bajar la voz:

– Sin gritar, frangollo. Si quieres a Mirella, espera. En este momento contenta a un batallón recién llegado del front.

– Caramba – me asombro –, tiene para rato.

– Junous – me responde él y hace cuentas en un cuaderno de almacén.

Yo sugiero al misir:

– Hey, y no podrías pedir que alguien la substituya a Mirella. Necesito hablar con ella.

– ¿Substituir a Mirella? – se espanta el gerente: – ¿Iukidin? Mirella es poncha castrense, beibi.

– No me diga: ¿Poncha castrense?

– Así mismo le dije.

– Catzo.

Yo me retiro porque el trabajo se perfila pa rato.
Vuelvo a la calle. La lluvia cae inmunda, de los rascacielos perfilados. Marcho sin rumbo conocido. Soy un hombre afortunado

que pisa los charcos de espejos, que se rompen cuando yo los camino.
Siento un golpe en la cabeza y siento que alguien tira de mi cuerpo. Me doy cuenta: quieren robarme el oro. Defiendo mi bien. Desfundo el arma que llevo. Tiro una bala al corazón del agresor. El hombre cae al suelo golpeado de muerte. Llegan los gendarmes urbanos, alertados por la detonación. Debo mostrarme fuertemente ciudadano. Al hombre caído, con una bala en el corazón, le encajo una patada en la cabeza, para demostrar mi indignación. La cabeza se hace a un lado y aunque muerta, comienza a sangrar por efecto de la suela.

– ¿Qué pasa? – me lanza uno de los gendarmes.

– ¿Qué pasa? Pasa que este ladronusco me quería robar.

– ¿Quería llevarle la cartera? – quiere saber el segundo gendarme.

– La cartera, no. Quería llevar el oro que tengo: soy ricón.

Los dos gendarmes se cuadran y, marciales, me dan el saludo que corresponde. Me anuncian los dos, en una sola emisión de voz:

– Ciudadano excelente, puedes seguir tu camino. La ley se encarga de esta basura que te importunaba.

Yo escupo al cuerpo tirado al suelo, le pateo la cintura, piso su pecho acostado y sigo mi camino que no tiene rumbo conocido.
Es otra cosa ser ciudadano de primera y tener el respeto de sus semejantes.
Sigo el camino.

La lluvia no se cansa.
Por la callejuela cataluña, hay restos tirados al suelo. Un brazo se levanta del barro, una mano abre su volumen, una voz pide clemencia. Paso por todo sin inmutarme ya que todo me es ajeno.

En la esquina, de lejos, mientras llego, veo la silueta fina de una mujer. Se perfila, contra la luz fría que baja de un poste. Por lo visto me espera.
Me acerco, con maña y deseo. Es ella la que habla:

– ¿Me buscabas?

Reconozco la voz, los labios, el pelo, la piel desnuda que luce bajo el vestido.

– ¡Mirella! Te creía encamada con el batallón – exclamo, lleno de cosquilleos que me atraviesan el cuerpo.

Ella tira la cabeza en un gesto de fastidio cotidiano:

– Estaba encamada, beibi, pero el generalote de la retaguardia hizo llamar a los soldaditos para más guerra en el front.

– ¡Shit! – maldigo mi suerte compuesta de migajas de la mesa principal. Mirella entiende mal la cuestión y echa leña al fuego.

– No me preocupo, ya volverán los que tengan que volver.

Bueno, por lo menos y por ahora no tengo rivales. Me pongo macholo con el pecho hinchadito y valiente. Pongo voz de tenor y me precipito:

– ¿Qué tal acercarte para conocerme, a mí y a mi oro?

Mirella ya vio mil veces la misma película y conoce de memoria todos los ziends. Me dice, distraída:

– Lo que quieras, forastero: escoge lo que te plazca, paga en la caja que yo te espero.

¡Carajo, que esta caballa es muy comerciante! Me pongo rabioso y con lluvia sobre la mejilla, le reto con furia:

– Shit, otra vez: Mirella, estamos en la calle, no hay cajeros aquí.

Ella se mete la mano deliciosa por el abismo diabólico que separa las dos colinas de los pechos, quita su telefonito celular y me lanza, gatutina:

– Camon, paleolítico, ¿y qué me dices si envío tu credicar por teléfono?

Me doy por vencido. Le anuncio:

– ¡Cash!

Ella se asusta, sus ojos tiemblan:

– No me gusta lo muy anormal.

Busco darle seguridad:

– Itsokei. Dejé las tarjetas en el baño.

Ella acepta la disculpa, entiende la explicación, se tiñe de santa, baja los ojos y me pide con voz carmela:

– Protégeme esta noche.

Pongo mis brazos sobre sus hombros, pongo sus hombros bajo mi guardia, como si pudiera esconder todo su cuerpo en mi alma. Camino con Mirella, bajo la lluvia, forbad y foruerce. En poco tiempo, en contados minutos, estaremos, cada uno, buscando a su manera y antojo la entrepierna del opuesto y por un instante breve brevorum, seremos un solo bicho entre los dos.

Pero esto es otra historia.

Ahora, canta el gallo. El alado de mierda canta mientras la ciudad todavía duerme. Pollo estúpido, metido a grande ¡no se despierta a la gente en la última madrugada de un hombre!
Pero el gallo canta, una y otra vez.
Con tanta insistencia por parte del gallo van a oír, van a escuchar. Van a despertar. Me vendrán a buscar.
Porpix termina. Yo no hice nada. Padre, ¿por qué me abandonas? Varum, ¿mein fater?

Las calles vacías de la ciudad que duerme, soplan vapores de color blanco. Los vapores soplan de las bocas de cloacas, puestas sobre las veredas. Los vapores nefastos, tiñen con vida los espacios muertos que se cristalizan sobre las calles a estas horas. No hay nadie, nouuan, nouuan. Las esquinas meten viento a la fiesta, las paredes visibles de los bildings, dirigen el viento. Las ratas panzonas que viven entre cáscaras de bananas, costillas mal raspadas y latas abiertas de jugo de tomate, son las beneficiadas de la fiesta. Se abrigan del viento, comen de la mesa de los señores, duermen en buenos barrios y heredan en sueños, toda la maldad que les llueve encima. Por este motivo y por ningún otro, las ratas son malas.

La que me visita en mi jaula, mejor dicho, la que pasa airosa por el corredor que existe un poco más allá de mi jaula, es pariente de estas ratas malas. Tiene el mismo instinto para hacer el mal. No me hace mal porque no me considera digno de su ponzoña. Pero si estuviera yo quieto en la cama, durmiendo por muchas noches sin soñar, entraría a mi celda, raspando la piel gris contra los barrotes. Subiría a mi cama, pondría las patas frías sobre mi cara y me mordería los ojos. Me dejaría sin ojos, aunque los pudiera necesitar yo.

Rata maldita: si llego a tenerte en las manos, te aprieto la cintura gorda para que sofoques y te abro el vientre con el indicador de la izquierda puesto como lanza, con punta afilada de uña carvajal. Recuerdo de memoria un fragmentito de misir gotote. A él, las ratas le producen náuseas. A mí no, a él sí. ¿Náuseas o miedo? ¿O será lo mismo, tener miedo al punto de sentir náuseas?

Dice, misir:

«Sueño con un archipiélago de ratones. Los rattus rattus, ratazanas de pelambre negro, cubren todo el mundo. Se multiplicaron, se esparcieron, se adueñaron de cada espacio de la tierra. Son supremos, ganaron todas las batallas y las guerras y no tienen enemigos que les puedan hacer frente. Las restantes especies ani-

males en la naturaleza, animales grandes, animales pequeños, fueron todas subyugadas y relegadas a la condición de especies inferiores. En el seno de la sociedad ratana, también se callaron revueltas, se reprimieron peleas, se ganaron guerras civiles. Cuando sueño mi sueño, toda oposición fue aniquilada, en el seno de la sociedad ratana y se vive una calma de opresión, la dictadura de una camarilla, gobierno, que al final, todos aceptan. Soberbios, gordos, entronados, despóticos, sordos y ciegos, los rattus rattus viven una época de bonanza, un tiempo de plenitud, una realidad sin dolores y sin sufrimientos. No digo que sean felices porque la felicidad es compleja y contradictoria, buena y cruel, de una sola vez, y estas tensiones fueron eliminadas por los rattus rattus. Anestesiados, inmediatistas, incapaces de un juicio altruista, no evalúan a tiempo el peligro que les llega de oriente, de donde ellos también vinieron un día: aparecen los ratones de pelambre gris, que vienen del oriente porque de esa forma gira la tierra, no por otra razón cualquiera; las ratazanas albinas avanzan implacables, con sus ejércitos indisciplinados, desordenados, hordas acéfalas, masas avasallantes por su número gigantesco. Los de pelambre gris, obedeciendo a impulsos primitivos, bárbaros, insaciables, invaden los territorios que ven por primera vez, cubren la tierra con la marca frágil de sus patas, pisotean los escondites íntimos de los inválidos, las oscuridades remotas de los inocentes; se apoderan de los nidos, de las basuras necesarias, atropellan las reservas, se llevan todo por delante, empestan, contagian a los líquidos, sacuden sus parásitos mortales sobre toda vida, aplastan, muerden, descarnan al enemigo, sin ninguna piedad. Los rattus rattus, en desespero, conclaman a sus hermanos para la defensa, pero es imposible detener al invasor. Los rattus rattus perdieron la capacidad de defenderse, indolentes por los fármacos de la estirpe de los brozak, las líneas rectas del bienestar adquirido como moneda suprema. Los que llegan, miserables, infelices, dolidos, sufridores, tienen sed de sangre, de poder, de territorio, y al cabo de una guerra final, humana por su crueldad, se

proclaman los señores nuevos de un nuevo mundo gris, el reino de los rattus norvegicus».

Así dijo misir.

Estaba –él– en una situación igual a la mía. El Goto esperaba, esperaba. Mientras esperaba, se le antojó al Goto pensar en un terror fundamental. El miedo que nos sobrevive a todos, la paúra ratánica. La ratanez. Quizá la rata nos cause miedo porque nos sobrevive. O porque puede arrancarnos los sesos mientras estamos muertos.
Los elefantes temen a los ratones. Los ratones se acercan a los elefantes. En movimientos rápidos, saltan a la piel arrugada. Trepan en dirección de la cabeza. Se meten por detrás de las orejas. Buscan el oído, se meten por el túnel auditivo y caminan por él, con sus patitas nerviosas. Pasan por el tímpano, cosquillean mientras pasan. Continúan el camino. Se aprietan contra la última membrana jugosa que los separa del cerebro. Rompen la membrana con los dientes y con el hocico. Se meten en los sesos. Se comen los sesos calientes mientras el elefante desesperado, va muriendo lentamente, de dolor, de asco y de pavor.

Truena. El tiempo se habrá estado descomponiendo. Ahora truena. No veo el rayo que precede al trueno. Oigo, no puedo ver desde la jaula en que estoy.
Oigo el trueno. Puede que llueva. Habrá vientos, esta madrugada. Será hora de buscar abrigo.

En la Ponchería del Puerto, Mirella goza con los que le caen sobre el cuerpo, buscando la entrepierna. Mirella se abre y deja que entren, uno y otro y otro más. Los que entran, pasan y dejan huellas olvidadas que no marcan y desesperan, una y otra vez.

Mirella se acerca y me lanza casual:

– La cuestión no termina bien para ti.

– ¿La cuestión? ¿Y de qué cuestión me hablas?

Ella se ríe porque sabe que yo sé que ella sabe que yo sé.

– Camon. – Y nueva risa que estalla en su rostro.

Yo me hago el pachín pachán y no me entero de qué habla. Pregunto, riendo:

– ¿Uatsdedil?

– No puedes huir para siempre. – Mirella ya no ríe. Me mira y su rostro es serio o angustiado.

– ¿Te parece que me atrapan?

– Tienes que pagar por lo que has hecho. – Las palabras son terribles pero son las palabras de Mirella.

Me defiendo y lanzo con indignación:

– Donnasing.

– Mataste, beibi.

– Carajos, no.

Ella arquea las cejas. Parece interesada en mi historia. Yo le agarro la manito para ponerla más cerca de mí. Y ella:

– La mano, el pie o el más allá: decide lo que quieres tocar o tener. Todo puede ser tuyo, para lo que quieras hacer. Decide, pasa por la caja, deposita el óbolo y te espero, delirante.

– ¿No puede ser por lav?

– Es lav monetario, suiti, es siempre él, el máni, señor del universo.

– ¡Oshit!

– No te enjaqueques, amorcito. Haz tu deber, paga y ven.

¡Bah! Digo yo desde afuera para mis adentros. Una vez en la vida hay que pagar. Voy a la caja. Me presentan un menú con cuatro páginas. Yo le digo al cajero:

– ¡Todo!

– No le escucho; ¿me dice todo?

– Lo que figure en el menú, yo quiero y yo pago.

– ¡Caramba! – se admira el mocholo. Me mira de arriba abajo y vuelta a mirar en sentido contrario. Solamente para comprobar el hambre.

– Tenemos unas especialidades que no están en el menú – me confidencia el ratuelo con cara de vivo.

– ¿Cómo es eso? – le pregunto interesado.

Me guiña el ojo mameluco y se pone a disertar:

– Cositas finas para gente que entiende, posiciones extremas que solo una poncha castrense sabe manejar.

– Lo que venga, yo quiero y yo pago – le aseguro.

– Así será – se relame el comerciante. Me hace la boleta y me estampilla la marca «olincluded». Me entrega la boleta. Yo marcho triunfal para encontrar a Mirella. No la encuentro donde la dejé. Una vieja poncha, entristecida por la madrugada solitaria, me señala el camino:

– La feliz Mirella te espera al final de corredor.

– Te agradezco, polla que espera.

– ¿Se puede saber qué compraste?

Yo le satisfago la curiosidad y le cuento:

– Boleto completo, sin ningún faltante.

Ella se tira sobre un sillón como si las fuerzas, de repente, le faltaran:

– ¡Feliz mujer, feliz mujer, aimdonuiz!

Llego al final del corredor. Hay una puerta. Abro la puerta. Entro a un cuarto pequeño, mal iluminado y perfumado de manera muy barata.

– Qué mierda de perfume – digo yo al entrar.

Mirella ve la televisión y se lima las uñas. Cuando me oye reclamar, se pone derecha, quita pecho y se molesta:

– Beibi, esto es un puerto. ¡Hay que ubicarse!

No quiero discutir con Mirella. La tengo para mí y estoy al punto de desatar todas las fantasías que pueda imaginar. No quiero romper el momento que me toca vivir.
Llego a Mirella, le tomo de la mano, la llevo a la cama, me pongo cómodo, la pongo a mi lado y le revelo el antojo supremo que me cosquillea el vientre:

– Mirella, foreva.

– Mientras dure tu boleto, foreva, lav.

Siento que soy el hombre más afortunado de la tierra y, acompañado por Mirella, que se acuesta a mi lado, duermo, protegido por su amor declarado.

Cuando despierto, Mirella se prepara para dejarme. Yo despierto del todo y me asusto:

– ¿Me abandonas?

Ella no me mira. Siento que su voz guarda rencor cuando dice:

– Nunca te prometí nada.

– Dormimos juntos.

– No prueba nada.

– Yo fui feliz.

Mirella no me pone la mirada. Dice con amargura puesta en la voz:

– Lo nuestro no tiene futuro.

– No se puede saber – respondo buscando filosofía en el aire.

– Te agarran, te meten preso, no sé qué te hacen después. ¿Y yo? ¿Y yo? Por estar contigo, también caigo presa, por estar a tu lado, termino como tú.
No tengo argumentos. Por no saber cómo contestar, me callo.

Truena. Por la fuerza del trueno, puedo imaginar la fuerza de la tormenta que tormentea. Llueve, con seguridad. Habrá viento. Es hora de protección.

– Te cuento lo ocurrido, Mirella.

No estoy solo con Mirella. Hay una platea abundante que quiere oír lo que tengo para decir. Me dirijo a Mirella pero hablo para todos.

– A ver, ¿qué me dices? – responde Mirella, jueza.

– Ninguna novedad, pero es así, sin novedades, que sé contar.

– Oigo y escucho.

No me pongo mariscal pero me subo el pecho para importar el momento. Digo, solemne.

– Había oro en la casa. Porpix fue a buscar el oro. Se topó con los dueños de casa que llegaban. Para escapar, metió bala a los tres, al hombre, a la mujer, a la niña. Porpix fue preso, fue juzgado y fue condenado. Fue condenado a la pena máxima. Muerte por cable pelado, en la silla electrófila. Porpix tenía 16 años cuando ocurre el crimen. Pero, por cuestiúnculas legales, lo llevan a que se siente

en el último asiento, años después, cuando Porpix tiene 33 años. ¿Ringsiuabel? A mí también. Continuemos: Entre los 16 años y los 33, hay 17 añitos. Machtufiu pa tres occisos. Hay que castigar más, así quiere la gente, hay que atormentar durante la juventud. ¿Entonces, cómo se procede? La ciencia tiene la solución: Se clona un primer Porpix que sufre 17 años más. Pero como todavía es poco, se clona un segundo, pa los últimos 17 añorum. Yo soy el segundo y el primer clonado. Me parieron en probeta, mi maternal fue un laboratorio; me tuvieron en un centro aséptico, colegio de curas castrati, hasta los 16 años y al cumplirlos, me trajeron a esta celda. Tuve que presenciar la muerte, por cocción, de mi predecesor. Lo vi morir y después me devolvieron a la celda en donde estoy hasta ahora. Tengo 33 añitos. Por esto, por mi tiempo, mañana me matan y traen a un nuevo clonado de 16 años, para que termine de sufrir el castigo impuesto a Porpix: tres generaciones, castigadas durante el período joven, que termina a los 33. Morimos todos a los 33, yo, el que viene después de mí, Porpix, el padre primero, el culpable único de la damnación que nos toca sufrir. Yo no maté, mató Porpix.

– La culpa es de todos – la voz no es de Mirella. Es voz coral compuesta de mil gritos que se levantan con furia y odio: – La culpa es de todos – repiten las voces y yo me pongo chiquitito de susto. Aunque esté con miedo, tengo que aclarar la cuestión, que para mí es de vida o muerte. Grito a la platea:

– Así me cuentan, pero yo no maté.

– El pecado original es anterior a ti – gritan todos.

Yo les devuelvo la pelota que me quema las manos y el alma. Digo:

– La venganza es anterior a mí. Solamente la venganza.

Mirella está distante. Parece que no quiere tomar partido. Me mira, mira al público y no se decide a jugar con ningún lado.

El público es hostil. Me cuestiona como si fuera una persona metida en varias cabezas. Grita:

– Si no mataste, ¿por qué te condenaron?

Buena pregunta, afortunada cuestión que me gustaría abordar. Busco una butaca. En estas ocasiones, cuando el público le presenta la oportunidad al exponente, la comodidad del asiento es fundamental para el desarrollo del argumento. No hay butacas. Tendré que manejar la situación apoyado en mis patas. Yo quiero saludar al público y le alabo diciendo:

– Buena pregunta me hacéis –. El público silba, grita, me tira piedras.

– Si no mataste, ¿por qué te condenaron? – vuelve a preguntar el público ensandecido.

Carajo, yo quiero contestar, pero nadie quiere oír. Así, la cosa se pone negra para mí. Intento una vez más. Levanto los brazos para pedir silencio. Grito:

– ¡Lísen!– El público calla, ordenado por la ascendencia semántica. Como corderos, todos visten la piel cómplice y silenciosa que se teje sin frenos, frente a la fuerza del Imperio. El silencio en el ambiente es impresionante, mágico, hipnótico. El público está calladito. Yo suspiro, un poco por cansancio, un poco por teatro y digo, haciendo mueca de satisfecho:

– Es un misterio.

¡Qué gente es esta de hoy! A nadie le interesa lo que no está explicadito, cortadito y listo para servir.
El público que había estado callado, vuelve a gritar en mi contra, como si todos manifestaran el mismo odio butifarro metido en las tripas con dolor.
La pregunta sigue en el aire:

– Si no mataste, ¿por qué te condenan? – grita la afición.

No respondo, directamente. Pero lanzo al aire la afirmación que es mi verdad verdadera. Vocifero con todo el oxígeno que tengo de reserva en los pulmones:

– Yo no maté, mató Porpix. ¡Ich bin ein Berliner!

Metí la pata sin querer. Traje al escenario una cuestión sentimental. Está bien. Aimsorri.
El público perverso que decidió ponerse en mi contra, se levanta, reacciona, abuchea, grita, pide sangre, clama por venganza. En nombre de la historia o en nombre de los profetas.
Mirella está distante, es como si no me conociera. Le agarro la mano con pasión de niño perdido. Y ella me recuerda:

– A la caja primero, después, soy tuya, forevaaneva.

Acto seguido, Mirella se lava las manos y dice que se haga la voluntad del pueblo.

Truena. Huelo aire a tierra mojada. Puede que no sea ningún olor verdadero. Puede ser una asociación mental a partir del tronar del trueno.

Lo más seguro es que sea una asociación mental. Dudo seriamente que esta parte de la ciudad tenga algún resto de tierra, de pasto o de árboles. De lo que recuerdo, el paisaje es árido, ventoso, en ruinas y hay parkinlots vacíos que se acoplan, se juntan, se repiten, para nadie.

De lo que recuerdo, el cemento y el asfalto son los elementos naturales de esta parte de la tierra.
Los bildins ennegrecidos muestran orificios carcomidos donde había ventanas y puertas, como caries cariolas de una bocarra abierta bajo el sol, solidum.
Si no cambió el paisaje, no hay pasto para crear olores.
El paisaje no cambió. Estará peor, más sucio, más desterrado de cualquier atención.

Esto es el fin del mundo. Mi jaula está en el fin del mundo. Porpix termina en el fin del mundo. El tomofix canta una canción de fin del mundo. Y cerdo ronca, roncacerdo en el fin del mundo.

Truena, es cierto, pero no sabe a nada la lluvia que quizá caiga, donde cae la lluvia, que puede estar cayendo.

Porpix, el que mató, puede ser parecido a mí, pero no soy yo. Porpix, el que mató, puede ser idéntico a mí, pero no soy yo. Puede ser mi igual genético, pero no soy yo. Puede tener mi nombre, pero no soy yo. Como tampoco es lo que soy yo, el otro, el que me sigue y que es mi doble con todos mis genes puestos adentro. Somos tres personas, digan lo que digan. Somos tres diferencias, aunque digan lo contrario. Y si es cierto que yo puedo reaccionar en una enfermedad de la misma manera, igualito, igualito, al reaccionar de mi predecesor o al de mi sucesor, podrán ser iguales nuestros organismos reaccionantes frente al mismo atacador, pero yo soy yo y ellos serán otra cosa que no soy yo. Así de simple.
Sin embargo, de nada vale tanto palabrerío si a la hora de la verdad, me castigan por él, no por mí. De nada vale defenderme con furia, si castigan al que me sigue – ¿será hijo mío?– al igual que a mí, así como castigaron al primero de nosotros, al que sí mató.
Por otro lado, si la cuestión tiene lógica por una arista, debiera tenerla por la otra. Es posible que él haya matado presumiendo que el castigo sería repartido por tres. En este caso, no mató Porpix para pagar solo su cuenta. Mató para que castigaran a él y a las generaciones siguientes.
Puede ser. Un gesto de venganza premeditado, un acto de maldición muy bien pensado. ¿Con qué fin? El castigo por la sobrevida. El que continúa tiene que ser castigado por cometer el peor de todos los pecados. El pecado de la soberbia que se materializa en el acto de continuar viviendo, mientras el mentor de las genera-

ciones es ya nada más que polvo, para alimentar a los vientos del olvido.
Las generaciones se vengan y las primeras se vengan de su descendencia. La maldición castiga a la vida.
¿Dónde puede estar, en este caso, la posibilidad de redención? Si mueren y terminan las tres generaciones castigadas, desaparecen la falta y el castigo; desaparecen el condenado y la condenación, pero no sobra nada. No hay redención entonces.

Una falta y tres personas, un pecado para tres culpados, un castigo que maldice a cada uno de los tres.

Podrían ser cinco, o cuatro, o siete. Podrían ser más generaciones que las tres que hoy castigan. Vaya a saber de dónde quitaron el número tres. Debe ser un número lafunaná, lafunené.

Petí, petí, petí, petípaí, jetembocu.
Saudé, saudá, saudé sará.

Entran y van, las generaciones. Vuelven con el viento, cuando el viento gira. Y nada queda igual sobre la tierra, cuando pasa el manto solemne del señor. Amén.

No me quitan lo vivido, en esta hora que se acerca y que me quiere tomar de sorpresa. Estoy despierto, estoy consciente, miro en la cara, sin rodeos. No me toman por la espalda.
Cuando entren los guardias, pediré para que no me esposen. Quiero caminar como hombre libre. Quiero entrar a la cámara del corto circuito chispeante, como hombre libre. Quiero sentarme en el último trono, como hombre libre. Quiero que me pongan los cables y las resistencias y los atractores metálicos y las botas de acero y

los cintos de cobre, como hombre libre. Estaré con los ojos abiertos. Con ellos podré ver el primer relámpago, saltando de mis uñas. Podré ver el primer humo de mis labios.
Voy libre, me siento mejor así.
Pero, no señor. No será de esta forma. Me amarrarán como se ata a un animal. Me llevarán esposado de la jaula que es mía. Me escoltarán por mi corredor de tantos años. Me meterán al fondo de mi pesadilla de tanto tiempo. Me sentarán y me obligarán a morir. Yo no escojo, yo no puedo nada. Sería mejor que me maten. Ellos no me matan. Me obligan a la fuerza, a morir.
Tendré que controlar esta situación insoportable.

Mirella mira y no entiende lo que digo. Repito la propuesta tentadora:

– Tengo que contarte mi historia.

– La sé de memoria, de arriba, de abajo y de todos los costados.

– Nunca es tarde para comenzar – le retruco llenote de glorias virtuales.

– Camon, camon, tienes que abandonar ese palabrerío de convento – me responde Mirella inflada de fastidio.

Tiene alguna razón, la poncha. Pero no me puede poner en esta situación. Tiene que oír lo que quiero contar, tiene que oír de alguna manera. Yo me pongo duro, como un superior y le grito, con los ojos desorbitados:

– Oiga, oiga, no se me haga la difícil, que a usted la inventé yo.

Mirella me desafía:

– ¿Me inventó?

– Así mismo dije.

Mirella me tira una sonrisa diabla. Algo tiene guardado que no me quiere mostrar todavía:

– Pero yo no termino.

Pienso rápido en lo que me dice. Se equivoca la puta. Le indico el engaño con voz de crápula gobernante:

– Se engaña usted, señorita. Fíjese que cuando yo termine, usted también termina.

Ella me hace, no, no, no, con la cabecita morena. Y para confirmar el gesto, me informa:

– No señorito, yo no termino. Mientras usted frite en su sillita carlota, yo me dejo estar con Porpix, el que lo sucede. ¿Rimember? Usted mismo dijo que me legaba a él. Yo me quedo con Porpix.

– Porpix termina – digo yo con voz desesperada.

– Notietsuiti, todavía no termina para mí que lo seguiré acompañando en sus divagaciones solitarias.

– Yo te inventé, ¡maldita!– grito impotente como un hombre.

Y ella:

– Está bien, papi, pero ahora vuelo sola. ¿Okei?

Maldita repolla. Me deja solo. No porque me deje solo. Me deja solo porque pretende sobrevivirme. Esta es la soledad verdadera. Me deja solo y vive sin que yo le haga falta.

Entiendo algo por puro insait castigante: Los jueces buscaban un castigo. Quisieron imponer el castigo más castigorum, el mayor de todos. Impusieron la muerte. Pero querían más. Impusieron la muerte a tres generaciones. Para asegurarse del dominio sobre estas generaciones, clonaron a dos hombres a partir del padre primero. Y entonces, se entiende la cuestión de dos maneras. No solo el castigo es brutal porque contempla a tres generaciones, que viven, que sufren y que mueren achicharrados por la electricidad, como

también es terrible porque cada uno de los castigados se siente sobrevivido por su igual, igualito. ¿Por qué no yo?, nos preguntamos todos. ¿Por qué él? Nos preguntamos todos, cuando descubrimos que terminamos mientras el otro, que es uno mismo, continúa. Porpix termina, yo termino, pero Porpix continúa. ¿Por qué no puedo yo ser el que continúa, aunque sea por más un poquito? Soy igual, soy idéntico, soy el mismo. Sin embargo hay una diferencia que nos corta en dos, o en tres. Terminamos en tiempos diferentes.
Inventaron el castigo por varias generaciones para castigar el futuro y también para maldecir el presente. Es insoportable. Los libros sagrados ya habían abierto el camino a estos jueces hijos de putas abortantes con cinco meses.

Los libros sagrados abrieron el camino, dieron el permiso, la ciencia les dio las armas a estos crápulas relojeros.

En África, un día, una mosca encinta posó sus patas verdes sobre el pie cuidado de Mirella. Mirella dormía y no sintió que la mosca le lamía el pie, como se come una sopa de miel.
Cuando despertó, le conté lo que había sucedido. La mosca se había ido y es posible que ya estuviera muerta o realizada con el producto de su panza.
Mirella levantó los ojos con terror y pareció buscar escapar:

– Algo malo va a suceder.

Nubarrones pesados acudían desde el oeste y se concentraban para atacar el Kilimanjaro. El león zorrillo mostraba la lengua que untaba sus patas. Ernie esperó con el rifle posado a un costado. No era hombre acostumbrado a atacar al distraído. Esperó que el león lo viera y que sintiera en el aire el olor inconfundible a muerte.
El león se puso de pie, miró al hombre y al verlo domesticado, se alejó sin darle pelota.

Ernie no pudo soportar el rechazo final. Tragó el caño del arma, disparó la bala querida y manchó el cielo del Kilimanjaro. Los colores se destiñeron con el tiempo. Mirella volvió a dormir. Estaba por librarse de la angustia que le había apretado el alma, por unos minutos.

Cuando volvió a despertar, horas más tarde, preguntó dónde estaba.

– Estamos juntos – le signifiqué yo, aterrorizado por mi falta de presencia.

Ella sonrió, gatutina, hizo una caricia comprante en el aire y me devolvió:

– No me refiero a estar sola. Pregunto dónde estamos.

Reconfortado, le respondo:

– En el desierto, llegamos ayer.

Como para confirmar lo que me oye decir, Mirella mira el paisaje que resplandece con inclemencia, bajo el sol mineral. En el aire caliente de las dunas, se forma el semblante de una ciudad oscura con casotas puestas de manera a parecer una pared. Mirella ve el espectáculo que parpadea en el aire. Pregunta:

– ¿Qué veo?

– Una ciudad, o un espejismo del desierto. ¿Qué sería si quisieras que fuese algo?

– Una ciudad.

Me pongo contento con el deseo que me hace llegar del fondo de su historia y le alabo a mi linda:

– Lesgou.

La ciudad es oscura y está desierta. La luz que se derrama y apedrea el desierto, no entra a la ciudad. Algo la contiene en midair, antes que toque la parte más alta de las casuchas. Las casuchas

tienen paredes de bautismo que fueron calcinadas por un fuego pasado.
El cielo es denso, es negro, es tapado y está bajo.
Caminamos por la callejuela de suelo polvoriento. El polvo minister, se levanta a nuestros pies y queda suspendido en el aire sin ganas de caer.
El ruido que escuchamos es el de nuestros pies raspando el polvo fino del paisaje.
Caminamos lado a lado. No hay contacto físico de los cuerpos, pero siento en mi cuerpo el cuerpo de Mirella que me acompaña.

Sobre la callejuela callada por una maldición milenaria, las casuchas y sus paredes y sus aberturas y sus cimientos, no se atreverán jamás a tirar ninguna sombra moscarda. Aunque salga el sol, aunque pueda decidir el sol entre luz, lumina, luminorum y su ausencia.

– No hay nadie en el pueblo – me dice Mirella con voz muy familiar.

Yo desmiento el sueño, con dolor artrítico metido en cada hueso y en todas las palabras que me toca saber.

– Sí, hay gente, amor y nos encaminamos para encontrarlos.

Mirella calla. Sabe recibir mis palabras y reconoce en la emisión, el presentimiento nefasto que ovula embrionario.
Caminamos un tiempo más. El aire se pone caliente. El aire se pone denso y cuesta respirarlo. Es como si se gestara, poco a poco, una pared invisible en el aire y camináramos contra este obstáculo recién formado. El polvo del suelo pesa en nuestros pasos. La oscuridad baja del cielo, como si tuviera el propósito de pegarse sobre nuestras cabezas.
Vemos a un hombre que descansa en el interior de una vivienda. Lo vemos, a pesar de la opacidad ambiente. Muestro el hombre a Mirella:

– Ahí lo tienes. Es el primero.

Sin decir nada, nos acercamos. El hombre no nos siente y no despierta, todavía no despierta.
Despierta en el último momento, cuando ya revelamos para qué vinimos. El hombre despierta y nos encara asustado:

– Notmi – suplica, ya sin tiempo.

Le clavo el puñal en el pecho. Siento que la vida se sorprende, como un niño inocente. El hombre no mira más. Tiembla por temblar, gruñe por gruñir, se espanta con lo que le pasa. Pero no es espanto verdadero lo que hay en su rostro. La boca abierta, pretende componer la máscara que se interpreta mal.
De la boca no sale grito, tampoco entra el aire que ella buscaba por instinto.
El moribundo cae al suelo. Sangra en pulsiones pero en silencio.
Volvemos a la callejuela con suelo polvoriento. Hay ahora una bruma blancustra sobre el pueblo, sobre las casuchas, una bruma blancustra que se rebela contra la oscuridad del cielo.

Mirella sonríe y me anuncia con el placer que no consigue esconder:

– Son nuestros pasos, guerrero, es nuestra bruma, es el polvo que hacemos al caminar: ¡itzás!

– ¡Gloria, gloria! – induzco yo con ánimo cristobalino.

Y continuamos en camino, con los pies firmes sobre el polvo de la tierra.

La mujer nos ve llegar. Camina en nuestra dirección. Es como si quisiera terminar todo, lo antes posible, sin retardos. La mujer anuncia:

– Ya esperaba la llegada.

Yo indico a Mirella que ahora le toca a ella:

– Iortern.

La justahiá no se hace decir dos veces. Se me adelanta, se interpone entre el cuerpo de la mujer y mis ojos. No veo nada.
Veo después, cuando puedo ver, que el cuerpo de la mujer desliza al suelo. Cae, sin fuerzas para continuar de pie.
Antes que el cuerpo se acomode y antes que se aquiete para siempre, Mirella y yo estamos en camino, buscando nuestra víctima número tres.

– ¿Tienen que ser tres? – Me pregunta Mirella.

– Ya fueron – le sencillo la cuestión.

– Esta historia me asquea – me hace ver la zorra.

– No te me pongas pililita, no ahora – le advierto sin piedad.

La advertencia tiene su efecto. Continuamos nuestro camino en silencio.

Estamos tensos, estamos tristes, estamos sin almas en el cuerpo. Vamos en busca de la tercera víctima. Esta no sabe que llegamos. No nos conoce y tampoco sabrá espantarse cuando llegue la hora. Pensará que es un juego y pensará que llegó el sueño. Pensará que esta cansada, pensará que está vacía. No sabrá nunca lo que podríamos contar.

Caminamos olvidados. Quiero abrir el secreto y relato mi circunstancia:

– Mirella: paso una parte de mi vida, intentando domar el monstruo que vive en mis adentros. Es un pleito pesado, repetido sin descanso. Es un jejé en que pierdo al final. Pierdo siempre, en todos los finales.

– ¿Qué me cuentas? – se compadece mi compañera de armas y kermés.

Mirella no dice nada más. No me acompaña. Queda en el camino mientras yo continúo. Voy a dar muerte al niño. El niño piensa que duerme. Pero no duerme. Yo sé que no duerme.

Hacemos el camino de vuelta. Caminamos lado a lado. No nos tocamos. Sé que Mirella camina a mi lado. Pero no siento que me siga.

La bruma sucia es corruptora de la oscuridad en la callejuela calcinada que nos mira pasar.

– Goto, Goto hermano, ¿uerariu? Estoy cansado y todavía tengo que esperar. Camon, ¡gimiebreik! Qué te pasaba en tu último día de jaula, ¿panchote? ¿Cómo era tu cuestión?
Carajo, no me acuerdo.
Carajo se me perdió.
Pero leo, te leo, leer te puedo. Así decías, brader querido y nunca olvidado: «*Nada ocurre. Pasó la tarde, terminó la tarde. Mañana me queman. Como en los tiempos de la santa inquisición. No me tapan los ojos: me dejan desnudo, me empujan por el corredor desierto con un látigo de alambre helado. Yo camino delante del azote como si pudiera escapar. Al final del corredor me atan, de pies, de manos, de todo. No puedo moverme. Me quitan las uñas, todas las uñas, una por una. Dicen que es para matar las marcas de la vanidad. Después me cortan la lengua, para ayudar a la sumisión. Me rompen el codo, con piedra basáltica, me trituran las rodillas, para aquietarme los deseos de correr y de volar. Me ciegan los ojos por el orgullo que es mirar. Me callan los tímpanos y me dejan solo, con mi voz interior. Me tiran al fuego, aún entero y con dolor. Dicen que pa que sienta, entienda y pida perdón. Me ponen sobre las brazas para que no blasfeme nunca más. Yo no blasfemo nunca más, pero no es por obediencia*».

Goto dimerda, ¡ailaviu!

¿Qué horas podrán ser? Las tempranas, las primeras de la madrugada, con seguridad. Me faltan algunas. Pero no habrá otra media noche, no habrá más ocho, siete, nueve, diez, once, no habrá más uno o dos. Deben ser tres. Algo parecido a tres.

En poco tiempo, no habrá más tres. Habrá un último cuatro, un cinco todavía lejano, pero ya ultimero.
¿A qué horas me vienen a buscar? Poco después de las cinco. A la seis estará todo acabado. Asado el pollo.
Cundo vi a Porpix, era poco antes de las seis. Me llevaron a la pieza contigua a la silla electricota y me lo presentaron. Todo muy formal, como quieren los jueces hijos de puta y latinistas de convento:

El juezote leyó el papel que traía. Se puso a leer como manda la ley.

– El ciudadano Porpix, condenado a sufrir el castigo de prisión y el de muerte por tres generaciones, conoce en este instante, a su semejante biológico. Porpix termina y Porpix queda en su lugar para continuar a cumplir la pena.

Yo no entendía un carajo redondo de todo esto. Imagin: tenía 16 años y me presentaban a un condenado a muerte, a pocos metros de la sillota académica. Bueno, es la vida, me dije y seguí la contemplación. Le ataron al sofá final, le pusieron un gorro ridiculito y enchufaron el conjunto.
Salió humo de la cara, como si fumara y hubiese inhalado. Temblaba, como de frío. Más no se agitaba porque estaba atado. Pero el cuerpote quería volar, peleaba por tener libertad. La boca era infantil, los dientes tiritaban, los labios blancos se mordían y sangraban. Los ojos.
No, los ojos no, ¡maigod!
Los ojos lloraban con lágrimas que vaporeaban antes de llegar a cualquier mejilla.
Vomité de dolor y de perdición.
Con el tiempo recordé la escena y acepté que me había visto morir.
Con el tiempo me ingenié para hacer distancia, entre lo que había presenciado y mi propio fin.
No más, no más, en los últimos tiempos.

Morir no es nada. No es todo. Terrible de verdad es que maten a uno. Es la suprema pérdida de dignidad.

Que maten a uno.

Que le quiten a uno la libertad es una enorme pérdida de la dignidad esencial, estamos de acuerdo sobre este particular. Pero que a uno le quiten la vida, con ritual estudiado y platea vidente, es una idea insoportable.

¿Jueces, juices, quiénes son los que hacen y deshacen? ¿Ju? ¿Eses? ¿Jueces?
Hijos de putas de mal olor, mal olientes, con dedos torcidos por pisoteos veraces.

Porpix termina. Porpix no mató.
Porpix termina. Porpix no mató.
Porpix termina. Porpix no mató.
Porpix no mató. Porpix termina.
¿Dónde estás? ¿Por qué me dejas?
Kantdudistumi.

Y habiendo mirado el desierto por última vez, se convenció de que no había nada que hacer por allí. El otro, doble peligroso por el lado opuesto, estaba sin ganas de tentarlo.
Como el pretexto para las arenas calientes, estaba vacío de cualquier significado, arregló sus cosas y se marchó en dirección a la colectividad.
Llegó al gentío. El gentío lo miró, mientras terminaba de llegar. Había desconfianza en los ojos. El miedo se manifestaba a causa del desierto que había quedado al otro lado. Todos se hacían la misma idea: el desierto no había sido vencido, estaba postergado y

sus arenas y sus vientos y sus ganas de borrar toda vida, se mantenían intactos, con el ánimo de un predador agazapado.

Por esta razón, el gentío no lo quiso.

Claro, pienso yo: la gente gentulita quería que la cuestión se resolviese de una vez por todas. Todos querían ver y aplaudir la derrota, la derrota del desierto, la derrota para siempre. Pero cuando vieron que la pelea tendría que ser reconsiderada y rehecha, a cada instante, dijeron todos, en coro precelestial: «nou, nou, nou, uiuantcanedbif».

De esta forma y no de otra, se hace la historia. Por estas cuestiones que no fueron resueltas en su debido tiempo, se creó todo tipo de mal entendidos, reproches, discusiones y bofetadas. El sopapeo generó su cuota de violencia. Y se impuso la venganza como norma de gobierno. La maldición se firmó como acto de sabiduría y yo, Porpix, que no tengo nada que ver directamente con el hecho que se analiza, me veo obligado a pagar la culpa de mi predecesor. La factura por el pecadito original, me cae encima y me hace doler la existencia que me quiere escapar. No me duele la culpa. Me duele el castigo. No me hace mal haber hecho mal. Me nausea hasta el vómito virtual que me tengan sometido, para quitarme la vida por ritual convenido.
Aiuanaliv.

No me queda mucho tiempo para cumplir el ciclo. En estos últimos momentos, solemnes momentos de mi existencia terminante, solo puedo refugiarme en los brazos de una mujer. No de cualquier mujer. De una, de solamente una. Mirella, ella, bella: mi rella.

Me meto por el callejón que cuelga de la pared de mi jaula. Me pongo caminante en un espacio oscuro que tiene límites estrictos.

Abro los límites y descubro el más allá de lo que tengo en mi presencia.
Entonces accedo a Mirella.
En la plaza de un día de otoño, Mirella está sentada en un banco. El viento frío le azota el rostro y le golpea el pelo. El sol menguante, no se mete para contener la agresión. Mira la escena desde lejos, contempla, el cabrón.
Mirella está sola. No vale la pena que le hable. Estoy a su lado pero no puedo decirle nada. No me escucha. En este momento Mirella se mira las tripas.
Como puede mirarse las tripas, de verdad, nada es capaz de distraerle de esta visión inmanente y total. El objetivo de Mirella es Mirella y nada más.

No puedo hablar con Mirella en la plaza, en este día de luz crepuscular, por el otoño que se acerca sin vergüenzas. Tendré que buscar a Mirella en otros parajes. Puedo hacerlo.

Me meto por callejuelas de mala muerte. Moscas, pulgas y ratas se dividen el espacio húmedo. Yo camino, pateo, me sacudo y me rasco. Las ratas, las gordas, son las únicas que me reclaman el dolor. Arman sus grititos mililitos al chocar de vuelta con el piso, de donde la patada las levantó.

Mirella me espera en la bifurcación:

– ¡Jaibeibi!

– ¡Jai!

Como si ya estuviéramos combinados, nos metemos los brazos en los brazos y nos ponemos a caminar, arminarm, janinjan.
Caminamos sin apuros, con todo el tiempo del mundo, por el medio de la callejota, mientras la cámara a nuestras espaldas se levanta para el plano general.

Al final de la avenida que nos toca pasear, se levanta el sol grandioso. Estamos puestos entre el sol y la cámara. Los bichotes del asqueo, ratas, moscas, pulgas, se esconden de uno.
La esperanza irradia su manto de continuación sobre todo lo visible.
Mirella me mira. En mi rostro, ve su futuro.
Yo miro el rostro de Mirella y adivino mi porvenir.
Caminamos, pasos marciales, al compás de la música tantantarán.
Llaman mi nombre desde un balcón, puesto sobre el bulevar florecido:

– Porpix, sonofebich.

Mirella se pone tiesa. Me recrimina con la mirada. Dice con voz de abolengo heredado:

– ¿Quién es el guarango?

Yo me escondo en una máscara facial. Digo, con voz de ángel barroco recién pintado:

– Ni idea. Debe ser algún hijo de puta.

– Sí, pero te llama a ti – Mirella me pone el clavo para exponer el cuadro en la pared.

– ¿A mí? A mí no me llama, llamará a algún hijo de puta – observo con indignación en la voz.

En este preciso instante se oye nuevamente:

– Porpix, ¿qué haces del brazo de una poncha?

– Disistumach – se enoja Mirella. Me quiere largar el brazo. Yo le atajo con fuerza y le digo, sin llamar la atención:

– Sigue caminando, disimula que es una tentación.

– ¿Tentación? ¿Tentación?

– Es una tentación del desierto.

– Me lastimas el brazo – ella reclama y quiere cambiar de tema.

– Sigue caminando – le digo, ventrílocuo–, sigue caminando y no des oídos a las voces que quieren tentarte.

– Para mí no es tentación. Me huele a reconocimiento, esto sí.

– Sonríe, que la platea no está enterada de nada – le digo a media voz y hago con que siga caminando como si nada.

Mirella se tranquiliza. Siento que su cuerpo se relaja. Parece que me hace caso y sonríe.

Pero la voz en el balcón resurge y quiere echar todo a perder:

– ¿Quién es la morena flacucha con cara de caule?– llama la voz maldita.

Después de esta intervención, absolutamente desagradable, Mirella se hace imparable. Se desprende de mi brazo, se aleja de mí y antes de desaparecer en la callejuela inmunda que volvió a ser de las ratas, de las pulgas y de las moscas, me lanza, con odio en la voz:

– Puta, poncha, mala, acepto ser lo que quieras, pero morenita, con cara de caule, jamás.

Qué situación. Perdí lo que más ansiaba en la vida: desfilar glorioso por la avenida, de frente al sol y de espaldas a la cámara cinerama del japiend.

Yo dejo que Mirella se vaya, dejo que piense que la dejo ir. Después me pongo a correr para alcanzarla.

– Mirella, Mirella, itsmi. – Obviamente ella no me mira. Me oye pero no me mira. Para que yo piense que no me escucha. Yo insisto: – Mirella, Mirella uanagiviusomsin.

Hace estop, en el acto.

– ¿Qué quieres de mí, perverso?

Yo me sonrío pero no cuento a nadie. Cada instante es una sorpresa. Me acerco. Le cosquilleo el ego, como se dice:

– Oiga señora, no se ponga difícil que usted tiene cualidades que no se desprecian.

Está desarmada. No esperaba que le hablara de esta forma. Se relame por dentro como buen felina. Me reclama más atención:

– Es bueno ser tratada como dama. Quiero más.

– Le entrego las palabras que quiera pero primero deme la manito para que yo le pueda tocar más.

– ¿La manito? Cómo no. Pero primero a la caja, muy señor mío, después, lo que se le antoje a la salpicada imaginación.

¡Noreguein! Pensé que habíamos superado esto. Le hago saber con estas mismas palabras:

– Creí que habíamos superado lo de la caja.

– Superamos la falta de diálogo, señorito, no el negocio que es hablar.

Tiene razón, hay siempre un precio en el negóz. Tiene razón pecuniaria.
Por otro lado, es tarde para perder más tiempo con tonterías que no llevan a ningún lado. Es esto que expongo a Mirella:

– Mirella, es tarde para perder el tiempo con tonterías que no llevan a nada.

– ¿Tarde por qué? Para mí es temprano, tengo toda la madrugada, el día entero y otra vez la noche siguiente.

– Yo no.

– ¿No?

Mirella no parece comprender. Veo, sin embargo, que algo le incomoda y le molesta. Es como si oyera una advertencia lejana que

tiene olvidada. Yo me mantengo en silencio. Quiero que ella se dé cuenta. Ella no sabe darse cuenta. Se asusta, hace un esfuerzo pero no llega a revelar lo que la perturba. Entonces tengo que ayudar. Digo:

– ¿Quién soy?

– Porpix.

Veo que todavía no se da cuenta. Le pongo una información suplementaria:

– ¿Y qué pasa a Porpix?

– Porpix termina.

Dice Mirella y calla. Tiene la mirada vacía, los ojos amedrentados. Creo que puedo ver el labio inferior que parpadea como si temblara. Mirella no se da cuenta. Tiene los elementos para ver cara a cara. Pero todavía ve como en un espejo. Intento una ayuda:

– ¿Y si Porpix termina?

Dejo la pregunta en el aire para que ella complete su significado. Veo que hace un esfuerzo, veo que se concentra, veo que sufre, veo que se desespera. Pero no llega al hecho supremo que le mete miedo, de lejos. Intenta una solución de compromiso:

– ¿Yo me quedo sola?

La contestación es un poco una exclamación. Es también un poco una interrogación. Mirella exclama y pregunta al mismo tiempo. Mirella sabe pero no sabe, quiere decir pero quiere esconder.

Yo entonces me pongo brutal. Digo:

– ¿Sola? ¿Cómo sola? ¿Dónde sola?

– Sobre la tierra, viudita. Pero te rezo todas las santas noches – muy gata la chica. Se me quiere escapar por la línea tangente. «No señora, usted se me queda», pienso. Le digo otra cosa:

– ¿Viuda?

– Sin mai lav – dice Mirella y contrae el rostro como si estuviera a punto de llorar.

– ¿Viuda? – Repito yo para divertirme. Mirella no se da cuenta de mi propósito y mantiene su pose.

– Sin lav sobre la tierra. ¡Ay! qué será de mí, pobrecita.

Le codeo en pensamiento:

– Te encuentras un pesadote, como yo, y tienes un amor nuevo.

Ella se espanta – de mentira pero se espanta: Dice, con pompa de fin de curso:

– Nunca más, nunca más. Para mí, termina todo.

– Vente conmigo, entonces – provoco yo.

Mirella se asusta, pregunta:

– ¿Adónde?

– Al fondo de la tierra.

– Iumin, ¿enterrada?

– Sí, con tierra por los cuatro costados.

Mirella hace una carita de impotencia. Suspira y me revela:

– Aikantiusí, tengo claustrofobia.

Yo me pongo sentimental al oírla hablar. Le digo, del fondo de mi alma:

– La pobrota, la pobrota, tiene claustrofobia y se mantuvo conmigo, en mi jaula todo este tiempo.

Se le ilumina el rostro cuando me revela:

– Te acompañaba, gai.

Caramba, una auténtica compañera, pa mí solito.

– Gracias, compañera.

– Lo hice por ti – me asegura Mirella.

Mirella llora, yo me pongo sentimentalote y me trago un nudo por la garganta.

Mucho después, cuando se gastó la fuerza melodramática del momento, emergimos al mundo real, de nuevo. Recupero mi frialdad de matón:

– Bueno, compi, tendrás que venir conmigo, de todas formas.

Mirella todavía está en algún parque temático. Mira, sin querer ver la realidad:

– ¿Juatiumin?

– Quiero decir que vienes conmigo.

– Ya dije que no podía. – Mirella baja la mirada. Pone cara cerrada como si escondiera un secreto terrible. Después hace como si se recuperara de una presión interna violenta y lanza en un suspiro:– Además..– deja la cosa en suspendido.

– ¿Además qué? – le indago.

Ella presenta el argumento que le parece irrebatible:

– Además no te puedo acompañar porque tengo un contrato que cumplir en la ponchería.

– ¡Caramba! – vuelvo al melodrama con una puñalada metida en la voz: – ¿Quieres sobrevivirme para conocer a otros caballeros?

– No, ya conozco a todos los caballeros, pero tengo que continuar sirviéndolos, por contrato.

Es sincera, por lo menos, es sincera, no puedo decir otra cosa: es sincera.

– Me haces sentir un cliente – reclamo agobiado.

Y ella, para terminar la cuestión:

– Todos son clientes, y no hago diferencia con ninguno.

Debo recuperar el timón. El narrador soy yo. Anuncio:

– Con contrato o sin contrato, te vienes conmigo.

– No me voy – se pone decidida, la señorita.

– Sí, que te vienes conmigo – le aseguro.

Y ella, desafiante:

– ¿Por qué tendría que hacerlo?, quiero una razón.

No respondo enseguida. Primero, relamo la contestación que estoy por dar. Después, abro pecho y digo, amo y señor:

– Vienes conmigo porque yo te inventé, a ti, a tu ponchería, al contrato que hiciste y a todo lo demás.

Mirella ve que está vencida:

– ¿Yo no me puedo quedar?– Pregunta y se espanta.

– No, ni un minuto más que yo.

– ¿Mirella termina?

– Porpix termina y Mirella termina.

– Aintfer.

– Pero es así.

– No hice nada.

– ¿Y?

– No quiero terminar, no hice nada.

Es como decía en el comienzo: el acto de creación implica la venganza por la creación misma. Mirella termina por que fue creada, por venganza y por haber sido creada. No hizo nada. Yo tampoco. Pero termino y termina.

– Yo tampoco hice nada – me explico.

– Mataste.

– Mató Porpix, mi igual genético, mi antecesor.

– Mató Porpix que eres tú.

– Soy igual a Porpix pero soy otro que Porpix. Yo no maté, mató Porpix.

– Te castigan por haber matado.

– Me castigan por haber nacido.

– Te castigan por haber hecho daño.

– Me castigan por haber sido creado.

– Porpix eres tú.

– Porpix también eres tú.

– Pero yo no maté.

– Yo tampoco, sin embargo los dos fuimos creados. Tenemos el mismo pecadote original. Nos castigan por esto.

– ¿Y qué hacemos?

– Necesitamos un salvador.

– ¿Y el salvador nos salva?

– Givszaseminin.

– ¿Y qué podemos hacer con el minin?

– Alimentamos nuestra esperanza despedazada.

– No me siento mejor.

Mirella piensa que está en un crucero, por un mar caribeño y que le dan de comer en la boca. Yo le pongo los zapatos de plomo, para que pise tierra:

– Beibi, no es así, tan mágico. Las cosas deben ser entendidas y después vividas.

– No tengo tiempo, forastero. Quiero vivir la vida y no tengo tiempo para meterme en un calvario.

Con estas palabras de rebeldía, la muchacha morena, con la piel tostada por sol y miel, se aleja de mí, sin que se lo pueda impedir. Se va, se va, como si fuera independiente de mis ganas de tenerla. Se aparta, como si no fuese mía, como si no supiera que es mi cría, creada para dar significado a esta jaula. Piensa que es capaz de sobrevivirme.

Se va Mirella. ¿Podrá sobrevivirme? ¿Si me sobrevive, habré encontrado mi salvador?
La pregunta me pica la oreja, como buena pregunta atorrante.
¡Ojalá!

Abren la puerta del corredor. Oigo que separan las rejas. ¿A esta hora? ¿Qué horas son? Todavía no puede ser, todavía no, todavía no estoy preparado.
Abren las puertas. Es una puerta de barrotes corredizos y no la oigo abrir a estas horas. Soy yo la causa.
Todavía no estoy listo.
Tengo miedo. Es ridículo decirlo. Pero es verdad.
Oigo pasos. Vienen a buscarme. No puede ser.
¡Mirella!
Dejo el grabador abierto para mostrar cómo me fui.
– Good morning, sir (Buen día, señor).

– Too early, man (muy temprano, hombre).

– You stand back, I'm getting in (apártate, estoy entrando).

– You heard him, stand back. (lo oyó a él, apártese).

– Can't do this to me (no me puede(n) hacer esto).

– Got to shave your head (tengo que rasparle la cabeza).

Carajo, pensé que me llevaban a la olla.
Estos brutos no hablan mi lengua, yo tengo que hablar el idioma de ellos.
Puedo hablar en el mío mientras me raspan el mate, puedo insultarlos, mientras me vigilan los cuatro, puedo escaparme en palabras, mientras me cortan el paso.
Peluquero de mierda, hágame el pelo con decencia. Gordo con grasa, una venita se te rompe en la frente.

Los cuatro, y el peluquero, comen mierda en la sopa.

– ¡Shut up! (¡cállate!)

Se fueron, los cinco. Me toco el mate. Lo tengo pelado.

Me miro en el mierdero de acero. Me miro en las barras de hierro. No veo cara a cara. Veo confusamente, como antes.

– Te asustaste. – Es Mirella que habla y me hace la afirmación. Yo no la vi llegar.

– Iubet – le confieso sin ningún pudor escolástico.

Mirella no dice nada más. Queda a mi lado, es parte solidaria de mí.

Quiero esconder la idea, quiero taparla y no dejarla existir. Pero la idea me asalta. La invito a salir y le entrego palabras para que se exprese.
Adelante idea, no te escondas. Te quiero oír.
Pensaba, que si me asusté con la llegada del peluquero, cómo será mi tensión cuando vengan para llevarme a fritar.

Vendrán. Oiré que llegan, al oír que corren las rejas que existen en el fondo del corredor.

Podré oír los pasos. Seré todo oídos.

– Iuestandbak – ordenará el gorila número uno.

Yo obedezco, soy pacífico, no hay necesidad de ninguna fuerza bruta conmigo.
Pero ellos no están acostumbrados a entender esto. Entran, miran como si fuera yo un animal peligroso. Yo que me conozco en la intimidad, sé que no soy animal peligroso.
Se protegen de mí. Utilizan la fuerza de muchos contra mí.
Me atan, me esposan, me paralizan, las manos, los pies, las piernas.
Me arrastran por el corredor.
Atado, me voy. Atado me despido de los compañeros.
Adiós, tomofix, baibai, cerdo.
Mirella, no me dejes solo.

– Hei, Porpix.

Es el tomofix, el de la celda a mi derecha. Llego hasta los barrotes. Le declaro:

– Sí, amigo.

– ¿Estás despierto?

– No cerré los ojos toda la noche.

– ¿Qué te pasa?

– Es mi última noche sobre la tierra, ¿qué te parece?

– ¿La última?, ¿que día es hoy?

– Jueves.

– Ya es jueves. ¿Pero tu día no era el domingo?

– Jueves, siempre fue jueves.

– Bueno, todos los días se equivalen: si hay que partir, hay que partir.

– No estoy reclamando nada.

– El destino es el destino.

– Te llamé algunas veces, amigo.

– No oí.

– ¿Dormías?

– A pata suelta, no oí nada.

– Bueno, así es. Dentro de algún tiempito más me voy.

– Se termina la angustia.

– ¿Qué angustia?

– Puta, hace años que esperamos en estas celdas. Yo llevo casi veinte años. No veo el día de terminar con todo esto.

– ¿Veinte años? Unos años más que yo.

– Por eso te digo, para ti termina la angustia. No tengo la felicidad.

– Yo por mí, no terminaba.

– No vale la pena, uno se amarga sin sentido.

– Yo no quiero terminar.

– No me hagas reír. Vas a fritar como un bife de vaca vieja. Te vas a morder la lengua antes de sentir gusto a quemado.

– Yo no.

– Tú sí, tú sí: primero sentirás que se derrite la piel, que se te queman los huesos, que se te rompen los dientes. Mucho después sentirás que te hierven los sesos. Años después, llegará el cansan-

cio final que te empujará a dormir. Porpix, hijo de puta, quemarás en la hoguera eléctrica, como un carbón de quinta categoría.

– ¿Me odias tanto, amigo?

– No me importas un carajo, cable pelado. Voy a dormir, tengo sueño. que el animal peludo te lleve y te haga mierda.

¿Qué le pasará al tomofix? ¿Tendrá odio real y verdadero, o estará haciéndome creer que tiene rabia de raíz para no ponerse sentimental en el momento que nos toca vivir? Siempre fue un buen amigo, siempre estuvo a mi lado, en la celda de la derecha. Aitrastedgim.

Mirella, no me dejes.

– Yo no te abandono. Tú comandas el espectáculo, ¿recuerdas? Pero si pudiera hacer algo, me iría.

Mirella parece triste. Está resignada con su destino. Es una mudanza muy grande desde la última vez que la vi. Le pregunto:

– ¿Estás resignada, de verdad?

– No, no me resigno.

– Te veo en paz.

– Estoy en guerra, me empuja el odio, no acepto lo que no me toca recibir.

Me alejo de Mirella. Tengo las carnes en sangre viva. Me resulta imposible aguantar el dolor que todos respiran.

Estoy solo. Es mejor así. Pienso en mi vida, pienso en las otras compañeras que tuve. Cheila, Mirta, Marta, Morga, ¿hubiesen sido mejor? ¿Me hubiesen reclamado la sobrevida? ¿Se hubiesen rebelado, se hubiesen puesto en mi contra, en los últimos momentos?

Puede que sí, puede que no. Imposible saber ahora. Podría indagarlo, podría revivirlas. Pero casi no las recuerdo. Viven en pedazos oscuros de mi memoria. ¿Viven? Para la imaginación operante, están muertas. No puedo traerlas, no me puedo indagar nada. Tengo a Mirella y a nadie más.

– No quiero seguirte. – Es Mirella que me siguió. Le muestro que se contradice al ponerse a mi lado.

– Me has seguido.

– Para decirte que no quiero seguirte.

– ¿Te refieres a lo que ocurrirá más tarde?

Ella se ríe con nervios y con maldad. Me pone el dedo en la llaguita:

– Me refiero a lo que ocurrirá dentro de un ratito, no más.

Yo no doy recibo después de haber acusado el golpe. Digo, casi casual:

– No puedo hacer nada por ti.

Ella busca solucionar su historia:

– Déjame, no me obligues a que termine.

– ¡¿Kantdudat?! Si yo termino, tú terminas.

Por lo visto Mirella viene rumiando la cuestión hace mucho tiempo. Habrá pensado en varias posibilidades porque me trae un plato hecho cuando propone:

– Légame a alguien.

¿Quién la querría? Ella es mi consciencia, es mi percepción. Para que la pudiera dejar con alguien, un santo tendría que abdicar de una parte importante de su biin.

– Nadie puede querer tenerte. Mirella, tú eres producto de mi imaginación, tienes todas mis marcas, mis huellas, mis sombras, mis taras. Pedir a otro que te tenga es como pedir que otro sea yo y nadie quiere perder su identidad. – Yo le pongo la cuestión filoló a Mirella. Pero Mirella no tiene espíritu para estas divagaciones filolós. No se le mueve un pelo. Mirella es posmodernita. Para clavarle una espina en la punta de un dedo, le digo, con maldad explícita: – Además, prùebas ser lo peor que puede haber en materia de persona. ¿Quién te podría querer?

No se inmuta. Es muy, muy posmoderna la chica. Continúa la letanía:

– Pide a alguien que me quiera.

No sé por qué tendría que hacerle caso y continuar con este bulshit. Mirella es mi voluntad. Fue la escogida entre todas. Dejé a Cheila, a Mirta, a Marta, a Morga, para querer solamente a ella. La vestí con mis mejores sueños, la preparé con mis mayores deseos de felicidad. La hice con cuidado para que fuera mía, para siempre.
La imaginé a Mirella en un día de gloria.
Tampoco entiendo por qué me angustia la cuestión. Vamos a recapitular un poco: Mirella quiere, proposición número uno. Yo no puedo llevarle a ningún lado, proposición nambartú. Conclusión: No hay un carajo que hacer y en consecuencia no hago nada.
Sin embargo, Mirella es mi criatura y sus deseos son mis deseos. No puedo callar la voz que me grita adentro y que pide que haga algo por Mirella. Porque es mi cría, porque fue mi voluntad, el haber tenido a Mirella, no puedo abandonarla.
Por otro lado, no puedo llevármela a ningún lado.
Tengo que encontrar una salida. Le expreso esto a la criatura:

– Letmisink.

Mi ángel soñado no quiere esperar. Golpea el pie malcriado y me dice:

– Siempre pensando, siempre pensando. Estoy harta de los pensamientos. Un pensamiento tuyo me trajo hasta aquí. Quiero acciones, quiero actos, quiero libertad, quiero independencia, quiero alimentarme sola, quiero cuidar mi propio jardín, aiuanalivbaimaioun!
Cuánta ingratitud. Si dejo de pensar en ella, la aniquilo para siempre. Si me olvido de ella, deja de existir en el acto. Soy el creador. ¿Cómo es posible que la tortilla se dé vuelta? Carajo, aquí hay gato encerrado.

– ¡Hei, Porpix!

¿Quién llama? No hay nadie en mi jaula. Formulo la pregunta para pescar al emisor

– ¿Quién llama? – pregunto.

La voz me responde:

– Tu vecino de la izquierda.

– ¿Cerdo?

– Así me llamas.

– ¿Qué te pasa?

– Te oigo hablar y siento que sufres.

¿Qué querrá este cerdo? Nunca lo tuve en cuenta. El tomofix sí, era mi amigo. Este, jamás lo fue. Respondo con sequedad, para demostrar toda mi antipatía:

– Bueno, sufro ¿y qué?

El cerdo se pone corbata de gala en la voz para hablarme con suavidad y convicción:

– Hermano, sufro porque nada puedo hacer para callar tu dolor. Oigo que tienes un pleito con Mirella. Si quieres y si esto te puede ayudar, déjala conmigo.

– ¿Mirella contigo?

– Me ofrezco de corazón abierto.

Mirella salta a la oportunidad que se le presenta. Es como si se le abriera el cielo.

– Yo quiero irme con él – anuncia ella.

Debo alertar al cerdo:

– Mira que es una fantasía terrible.

– Quiero curar tu dolor, no busco otra cosa – me responde el cerdo.

Mirella está dispuesta a vender su persona con papel de regalo. Grita, para que el cerdo escuche:

– Cerdo, soy capaz de hacerte feliz en un abrir y cerrar de ojos, me tienes toda, para siempre.

Mi deber es mostrar la película completa al público para que nadie se meta en esto por inocencia. Le digo, al cerdo:

– No te fíes de esta mujer. Será tu enemiga y nada más.

El cerdo continúa mesiánico y replica:

– Porpix, busco darte paz, quiero que entiendas esto. Y Mirella no será mi enemiga. No será tampoco mi amante, ni tampoco será mi mujer, no será nada mío. Te cuento mi plan: Crearé un reino para Mirella. Ya me puse a meditar sobre esto y no será difícil realizarlo. Soy gordo, soy comilón y roncador pero tengo imaginación.

Mirella se pone eufórica:

– ¿Seré reina?

El cerdo, retoma su exposición profética:

– Serás reina. Reinarás sobre todo lo que yo pueda imaginar, y serás señora del universo que te entregaré. Yo seré solamente el

motor de todo. Pero no tendré voluntad. La voluntad será tuya y será la de todos los que a partir de ahora querrás imaginar tu. Para reinar en este reino te pondré una condición.

Mirella no espera saber la condición que le quieren imponer. Ella quiere ser reina, quiere ser reina, quiere ser la kuin. Grita, con acento aprendido en la Ponchería del Puerto. Mejor dicho, no grita, exclama a plenos pulmones, con el acento aludido:

– ¡Alduenisin!

El cerdo, con la misma voz pastora, le anuncia el contrato:

– Serás reina, pero tendrás que acordarte siempre de Porpix. Porpix vivirá en tu recuerdo y por tu recuerdo Porpix vivirá. Porpix no morirá nunca, porque tu y los que tu crearás, estarán atados a la memoria de Porpix. Sabrán todos, ahora y siempre, que todos deben sus vidas, su existencia, a la existencia de Porpix.

Mirella desarrolla su plan urbanístico:

– En mi reino, todas las calles y avenidas llevarán el nombre de Porpix. Las plazas, se llamarán Porpix, no habrá otras estatuas que no sean imágenes de Porpix. Porpix, será el único ídolo. Mandaré construir parques temáticos para contar la historia de Porpix

No soy muy ilustrado, no conozco toda la historia de las civilizaciones, pero tampoco quiero que me tomen del pelo. Esta clase de promesa que hace Mirella, me recuerda a mucha cosa y sé cómo termina la cuestión: al final, no sobra una sola plaza, una sola callejuela, con el nombre de uno. Quiero que Mirella sepa que no me engaña con sus mirabolancias:

– Camon, camon, donteikmaijer. Te cuento la verdad de los profetas. En poco tiempo, no habrá ninguna imagen mía en tu reino.

– Te juro que sí, te juro que sí – es Mirella, es su voz, es el deseo que tiene de mantenerse viva. Prometerá cualquier cosa para conseguir su objetivo. Es el instinto de supervivencia.

El cerdo – habría que cambiarle el nombre a este personaje, se está portando rebién y además, me parece que está en la celda equivocada, en el lado equivocado, si me entienden – vuelve a hacer escuchar su voz:

– Porpix, no es mucho lo que tengo para dar. Pero tengo esto y quiero ofrecerte.

¿Qué le puedo decir? Nunca fui de agradecer o de ser educado con la gente. Hago lo que puedo:

– Chanchito de mi corazón, te agradezco del fondo de mí bolsillo que es la parte de mi cuerpo que siempre soñé cuidar con la mayor estima. Te agradezco y te pido que todavía no la lleves a Mirella. Quiero estar con ella por última vez.

El gran hombre, que sin saberlo yo, se ubicaba en la celda a mi izquierda, se muestra comprensivo y permite la realización de mi deseo. Dice:

– Cuando ella esté lista, que venga a mí.

Mirella está radiante. Sabe que ganó vida nueva, sabe que será reina en poco tiempo. Una mujer, en este estado, se convierte en la mejor mujer del mundo.

Mirella se viste como para ir a un baile. Tiene puesta su mejor ropa. Le doy el brazo y le anuncio:
– Vamos caminando.

Ella pone cara de asco y me anuncia:
– En carruaje me llevarás.
Bueno. Hago su voluntad y pido que venga el carruaje dorado, con caballos blancos, el modelo imperial.
Nos ponemos cómodos en el interior del vehículo que huele a cuero recién curtido.

Mirella cruza las piernas y al hacerlo deja a la vista un pedazo de carne tentadora. Yo me río y le recuerdo:

– ¿Te acuerdas cómo era antiguamente?

– ¿Qué cosa?

– Cada vez que te quería tocar, tenía yo que pasar por la caja, escoger la tara y abonar la platita.

– Así es.

– Así era.

– Es así todavía.

– ¿No te puedo tocar, Mirella, sin pasar por la caja?

Ella se ríe:

– Claro que sí, puedes.

Me cosquillea el impulso. Hago una revelación:

– Nunca estuve con una reina.

– Es tu oportunidad: ¿quieres que te llame rey o quieres que te trate como esclavo?

– No sé todavía, déjame pensar.

Veo que Mirella suspira y consulta el cronómetro. Dice:

– Puedes tocarme, puedes cantarme, puedes contarme. Ya abonaste todo lo que tenías y pediste estar conmigo unos minutitos. Estoy a tu disposición.

Caramba. No soporto esto. Mi creación me salió muy racional, muy comercial. No pierde una oportunidad para mostrar la verdadera cara del mundo. Yo pensaba estar romanticote en esta último paseo con ella. Pero ella no cambia, ve negocio a cada momento. Actuaré yo también de esta manera.

Di lo que podía dar. No quiero más nada material.

Me decido a poner un nuevo rumbo a la vida:

Pido al cochero que pare el carruaje. El carruaje para.
El cochero baja a la calle y me mira con espanto. No entiende por qué mandé parar el carruaje que empezaba a navegar.

– ¿Qué pasa? – me pregunta Mirella.

– Te bajas aquí– le anuncio la orden con voz neutral.

– ¿Cómo, aquí? ¿No íbamos al baile? Mirella está compungida. Veo que su mente se confunde con mi dictamen.

– Íbamos al baile, no iremos más a ningún baile. Te bajas aquí. Aquí, en este punto termina todo.

– ¿Termina? – me pregunta Mirella y en el momento que oigo su pregunta, me doy cuenta de nuestra separación. Si termina, si termina mi cuento, ella empieza vida nueva, si anuncio que se acaba, es señal de que ella se desprende y vuela por cielo propio. El rostro de Mirella, que estaba angustiado con la parada del carruaje, se transforma. Mirella mira el paisaje que existe fuera del carruaje. Hay en el aire nocturno, promesas indiscutibles de un nuevo amanecer. La lluvia que caía hasta hace un tiempo, ya no cae más. El calor húmedo que nos aplastaba, hasta hace un tiempo, se fue como por encanto. Sopla una brisa de primavera. El aire duerme todavía, todavía es frío, no tiene todavía consciencia de su poder de despertar.
Mirella está radiante. Abre la portezuela del carruaje, respira hondo, muy hondo. Mete para dentro de los pulmones vírgenes, todo el aire que puede tragar. Respira, siente el aroma de la madrugada que se inventa para ella y para nadie más.
Me mira con ojos de pena pesada. No dice nada. Mira callada. Suspira. Y entonces declama:

– Gotote, ailaviu.

No puedo creer en lo que oigo. Demuestro mi sorpresa con una contracción facial inconfundible:

– ¡Mirella! – exclamo lleno de significados.

Ella comprende la cuestión y me dice:

– Yo leía tus libros, me metía en todas tus historias.

– ¿Lo leíste?

– Sí, muchas veces. Cada vez que tú leías yo leía por encima de tus hombros.

– Eres maravillosa, Mirella.

– Si quieres, puedes llamarme Carmen.

Carmen era la heroína que pertenecía al Goto. Era mi sueño de mujer. Mirella tiene mucho de Carmen. Pero no utilizo el nombre de Carmen. Estoy contento con Mirella, me place mi creación. Le anuncio precisamente esto:

– No, tú eres Mirella, tú eres mía. Serás mía, en cualquier reino.

Cuando digo esto, Mirella parece recordar lo tan virtual que puede ser todo. Se acuerda del fin próximo que me espera y del cual ella tendrá que huir para no perecer también. Baja del carruaje, majestuosa como una reina de verdad. Camina, se aleja.
No me mira, nunca más.
¿Por miedo? ¿Por educación? ¿Por piedad? ¿Por nostalgia? ¿Por nada? ¿Por todo? ¿Por puta?

Se fue Mirella.

Es hora de prepararme. Tengo el mate afeitado. ¿Qué más puedo hacer?
Nada, esperar y nada más.

Estoy solo. Aunque me cueste decir, tengo paúra. Este momento culminante que me toca pasar, lo imaginé, una y otra vez. En cierta época épica de mi vida, era un placer desafiar las consecuencias

de este momento. Era como mirar al vacío, reírme de sus insinuaciones y darle las espaldas después.
Era época épica de juventud. En esos tiempos, no había miedo a nada. Ahora, la cosa se pone gritota.
Ahora, es forrial.

Oigo que están en la puerta. Hablan al otro lado de las rejas. No pueden abrir las rejas. Así escucho. Olvidaron las llaves. Sería cómico si yo no estuviera a la espera de este momento.
¿Abren?

Todavía no. Discuten en la puerta. Abren la puerta en cualquier momento.
Corren las rejas.
¡Dizizitboi!
Todavía estoy solo, todavía estoy en mi mundo. Puedo cerrar los ojos, tapar los oídos, todavía puedo aferrarme a mi interior. Todavía me defiendo con solvencia.

Vienen.

Me parece que vienen. Abren la puerta. Vienen.

No, no vienen. La puerta resiste. Todavía no vienen.

– ¡Tomofix, Tomofix!

No me responde. Me dejó, el amigote de otros tiempos.

– Cerdo, ¿puedo llamarte cerdo?

– Te escucho.

– Oiga, podríamos haber hablado más veces.

– Estamos hablando ahora.

– Podíamos habernos conocido antes.

– Nos conocemos ahora.

– ¿Cómo está Mirella?

– Ya está en su reino.

– ¿Cómo está?

– Descubre poco a poco el mundo que inventé para que ella siga viviendo y te pueda recordar. Se adapta bien a la nueva situación. Aunque la experiencia le cueste sudor, dolor y algunas lágrimas. A la larga será feliz y pensará en ti.

– Es lo que me queda, que piense en mí.

– No estás solo, hermano.

– Todavía no estoy solo, todavía no estoy solo. ¿Oyes lo

que ocurre en la puerta?

– Perdieron las llaves, me parece.

– Sí, perdieron las llaves, ¿Qué te parece? ¿Qué te parece? Solo a mí me podría ocurrir esto.

– La hora se acerca, prepárate.

– Sí, me preparo, ¿qué crees que debo hacer?

– Deja que te lleven.

– Aunque no quiera que me lleven, me llevan.

– Déjate estar, confía.

– Gracias, amigo.

Oigo que abren las rejas. Llegan. Son cuatro gorilas y más el juez y más Porpix. Me van a atar.
Antes, me presentan a mi continuador. Es el niño que ahora tiene 16 años. Fue clonado a partir de mí, como yo fui clonado a partir del otro, que me antecedió. Tiene la misma edad que yo tenía, cuando me trajeron a esta jaula.

Me lo meten al niño en la jaula. Nos miramos los dos. Él no entiende un carajo de lo que pasa. Ve que soy parecido a él y poca cosa más.
El juez le cuenta la historia terrible. Relata el crimen horrendorum pecatáminis al niño.
La voz del juez es irrelevante y tenebrosa. La voz, es las dos cosas, al mismo tiempo. Es irrelevante, como informadora, es tenebrosa, como látigo castigante.
La voz del juez, es única. La voz del juez es solitaria. La voz del juez es cautivante.
La voz es un instrumento y lo que dice el juez tiene forma de sonata.
Sonata para una voz afinada.
El niño se asusta con lo que oye, como yo me asusté cuando me contaron la misma cosa.
El niño se asustará más cuando me vea freír en la silla final. No querrá mirar cuando me vea sudar y después humear. No querrá estar vivo cuando me vea derretir y temblar.
Todo esto espera al niño. El gran espectáculo.
Es la damnación, es el castigo, es la venganza que no tiene fin. Y todo esto por haber sido creado. Si no hubiese sido creado, no habría castigo.
El niño se asusta y no puedo hacer nada.
Cuando tenga treinta y tres años pasará por el momento que me toca pasar ahora. A los treinta y tres años, él no tendrá más a quien legar su castigo, mi castigo, el castigo de mi antecesor. Termina la pena, acaba esta pena, esta damnación particular. Habrá sido castigo para tres generaciones.
Finish.

Llegan.
Me toman, me llevan.

Fin.

– You stand back, we're steping in (apártate, estamos entrando).

– You heard him, get back (ya lo oíste, apártate).

– No me pongan los hierros, no hay necesidad.

– Put your hands behind your back, camon (pon los brazos para atrás, vamos)

– Bring your feet together, camon (pon juntos los pies, vamos)

– Now let's walk, you just walk (ahora vamos a caminar, basta caminar).

– ¡Mirella! ¡Cerdo! ¡Me voy! ¡Tomofix!

– Keep quiet (mantente callado).

– ¡Me voy! ¿Quién me escucha?

– Hey, what about this tape recorder? (hey, ¿y esta grabadora?)

– What about it? suppose it belongs to him (¿Qué tiene ella?, supongo que le pertenezca a él).

– It's running (está funcionando).

– Well, stop it (bueno, párala).

– ¿Por qué me abandonas?, paaaa....»

(la grabación se interrumpe precisamente en este punto).

Se terminó de imprimir
en diciembre del 2002.
QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074
Telefax 214 295
e-mail: arandura@telesurf.com.py

El ciudadano H.., un inmigrante latino. fue condenado a muerte por un triple homicidio con fines de robo. La ejecución se llevó a cabo en la silla eléctrica. La identidad de H.., bien como los datos precisos sobre la ejecución. no son revelados por expreso pedido de H..

H.. se hace llamar Porpix. H../Porpix desarrolla. en sus últimas horas de vida, el boceto de un mundo que lo explica, a él y a sus circunstancias. H.. sostiene, y siempre sostuvo, que es inocente. El proceso de H.. tramitó por 17 largos años. Cuando el relato comienza, se ha perdido todo derecho a alguna apelación y H.. espera ser ejecutado en pocas horas más.

Lector voraz, de varios tipos de libros, la Biblia, novelas policiales, novelas de ciencia-ficción, H.. desarrolla la versión de su inocencia en una larga exposición oral, original, patética, extraña, delirante, asustadora, simbólica.

El texto que se transcribe, respeta la voz de Porpix y se mantienen todas las expresiones utilizadas en el original.

El original está en español que es el idioma materno de H.. Hay expresiones y palabras inventadas por Porpix, hay expresiones en inglés que se respetan como H.. las dijo en su relato. Mantuvimos la grafía fonética de las expresiones ya que entendemos que ellas valen por su emisión sonora.

El termino "sonata", utilizado en el subtítulo, aparece al final de la grabación. Al utilizarla como subtítulo, nos atrevemos a hacer una sugerencia: que este texto, ahora pasado al papel, sea considerado como un texto para la lectura oral.

H.., mejor dicho Porpix, utilizó el potencial oral de la palabra para expresarse en sus últimas horas. Creemos que hay una aguda diferencia entre el texto callado - seguro(?) - que podría tocarnos leer a cada uno, y el rico y a veces aterrador mundo de sonidos que surge con la utilización de la palabra oída.

La palabra escrita, muchas veces observada con el silencio de los ojos, nos remite casi siempre a un mundo mineral, en el sentido de un mundo, por un lado, desprovisto de vida, por otro lado, rígido y terminado, aunque significativo. Los significados de la expresión, que debieran ser ampliados por la imaginación "imaginante", la imaginación en continuo proceso de "hacer imágenes", a veces se frustra con la palabra callada. El mundo silencioso de la palabra, tan utilizado en contratos y testamentos, por su rigurosa peremnidad, puede castrar y abortar en origen, las ricas y esenciales ambivalencias que tiene la oralidad del deseo, la que precede a la fijación del sentido.

Asunción, abril.

José Eduardo Alcazar, es cineasta y escritor. Es autor, entre otros, del Breviario Karmenotti sobre suplicios, tormentos, torturas e outras dores – Editora Rocco, Rio de Janeiro y de El Goto - Editora Arandurá, Asunción.

fondec